



MARIANA
Bernárdez

Cuaderno
bermejo

Cuaderno bermejo



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Cuaderno bermejo

MARIANA BERNÁRDEZ

COLECCIÓN

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR



Cuaderno bermejo

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Mariana Bernárdez Zapata

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-24-6

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-853-7

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/69/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diagramación y formación: Eligio Ortiz Santana
Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas
Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía y José C. Núñez Fernández

Hecho en México / *Made in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

A José

A Minerva Margarita

Allí donde el pensamiento tiene miedo la música piensa.

PASCAL QUIGNARD, *Butes*

Lo súbito de la belleza aviva el apremio por tocarla.
En su aparecer se inaugura lo inédito, el presagio, la
conmoción que concibe lo memorioso, aquello que no
podrá sernos arrebatado.

I

Escribir para no dudar de la existencia, de las cosas que hicieron adorar la sensación de vivir: ese tachón en la esquina de la hoja o ese perro amarillo que acompañó las muchas tardes junto al mar.

Escribir sobre lo impronunciado del mar, sobre sus arenas, donde se confunden la cadencia de los días, las conversaciones, los pactos, la risa, los juegos, el goce impasible..., y en su llamada presentir el origen.

Desde siempre el mar y la ensoñación de su agua dormida, en los patios y sus fuentes, en las huertas y sus pozos, en los bosques con sus cascadas escondidas en la escarpada y las carreteras sitiando el océano, el camino a Santiago bordeando la Costa de la Muerte de acantilados formidables, el Faro de Finisterre frente al Atlántico insondable; y el recuerdo de Creta y su Mediterráneo, *patria* desde entonces.

Pero mi mar era el de un pequeño pueblo de pescadores, con un estero donde se criaban camarones y un puente de madera roída por el que se iba hacia la ribera donde los cocoteros y los papayos crecían. Las casas eran de doble agua con tejas de ladrillo, y en la galería se tendían hamacas en las que se dormía la siesta para luego charlar hasta entrada la noche bajo el arrullo monótono de las cigarras. Los guaraches eran de cuero, los paliacates de algodón, los sombreros de palma y en verano vendían la almeja chocolate a pie de playa.

El hotel encumbrado en el monte tenía un funicular y desde la altura se dominaba la bahía..., detrás la sierra donde se decía

que se sembraba amapola; la sierra que se cruzaba para llegar al pueblo atrapado en alguna novela de las que leíamos cuando entraba la borrasca; la sierra con sus soldados y sus guerrilleros malogrados, historias que escuchábamos en boca de la curandera que sabía cómo limpiar la picadura de alacrán y que traía los ojos aturridos por hablar con los muertos.

El pueblo olía a hierbasanta y a marisma. Las calles eran de tierra apisonada y el calor con su sopor desventurado nos obligaba a quedar horas al cobijo de la palapa hasta que el aire comenzaba a soplar y el oleaje suavizaba su murmullo.



Escribir del no escribir, de lo que se atestigua y no atrevemos a detener, de cuando el manotazo sustituye la voz en relincho encabritado, de cuando la razón se astilla porque ha sido rebasada en su cordura o de cuando la tristeza es un torzal amarrado al cuello, que, de soltarse, se convertiría en un vendaval porque mucho es el quebranto que cobija bajo su destello.

Escribir del no escribir porque no se creció bajo el yugo del desamparo.

Escribir el miedo de no escribir.

El mar todo lo cura, decía mi padre; supongo que por eso las largas horas de contemplación, en diálogo callado, donde los fracasos y las penas se desmenuzaban en migaja de pan duro. Tan callado, rodando como chinilla por la pendiente de lo vivido, sitiando su agujero, acechando una clave que develase la ocultación. Y quedaba más callado, prendía un cigarro y otro, la calada era honda..., y repetía *el mar todo lo cura*.

La frase me ronda y me consuela, retrocede y ataja en mantra que devuelve la voz que principia, de cuando la incisión, de cuando la letra..., la mano que acaricia y prende, que

figura y puntea y que habrá de desafiar la levedad y la gracia en la arena.

Agua lustral, agua primigenia, *Matria nostrum*.



Una libreta con esquemas y listas que confiesan tanteos y esbozos, un orden desordenado cuando se apunta de prisa lo que llama la atención y anticipa el pensar: el pájaro en el árbol, el higo madurando, los ciruelos en flor, lo que se anhela, títulos de libros y de películas, direcciones, datos curiosos, un garabato, notas de una conferencia, sentencias, aforismos, frases leídas al azar, calles, el origen de la seda, los otros viajes...

Sus tapas son, al paso del tiempo, de un bermejo marchito; fue comprada en Lisboa para cuando fuéramos a la sabana de África o al Templo de los Monos en Jaipur. Sea su promesa el agua o la tinta que habrá de pintar los signos donde resurge el mundo. En su entrevelar amanecerán los sueños, así desde la orilla del Ganges un día veremos alzarse la sombra impetuosa del Taj Mahal.

Una bitácora, o eso dijimos, pero pudo más el fotografiar porque la luz en Benarés era mucho más que luz y no había palabra que alcanzara a rozarla, como tampoco la había para sujetar el pasmo atónito que sentimos frente a lo salvaje esa mañana en la reserva de Madikwe, Sudáfrica: los rugidos de las leonas agazapadas tras los pastizales, las huellas dejadas en el barro rojo, lo bestial que confiesa lo sacro en su manifestación primaria.

Se deshoja al abrirla y cuando veo caer un pasaje de tren o un timbre postal sé que su poderío yace en su carácter fragmentario, irresuelto, de escorzo, de conversación abierta a la que se regresa sin prisa y que muestra sin pudor la ilación del devaneo, el acercamiento huidizo, la emoción en malabares, la verdad que

seduce y desdenea; lo contrario, lo grácil y lo brusco, la aporía que abraza a su doble antagónico.

Todavía me pregunto por la similitud entre la ruta de un cangrejo y la escritura del viento en Wadi Rum.

Saber del no saber, la inmanencia que se aproxima para cautivar y abandonar el nudo que acertamos a tensar con mayor fuerza después de su aparecer, el lazo que está hecho para atar el destino.

Un cordón se desliza por su interior, gira alrededor de las cubiertas y enamora por su delicadeza. ¿De dónde vendrá?, ¿de Antioquía?, ¿qué ruta habrá seguido?, ¿el camino persa que refiere Heródoto?, ¿y el mercader?, ¿habrá portado consigo también rubíes de Birmania o esmeraldas de Zambia?, ¿lapislázuli de Egipto?, ¿jade de China? Quede el secreto en secreto.

Un suave cordel de seda teñido con flores de té que se enreda en los dedos cuando no distinguen qué es lo que habrán de escribir.

Distraída la mente merodea por los libros cercanos, los que no ha terminado, los recién llegados, repasa sus páginas, no hay sosiego, no recuerda el nombre de un autor, y el título lo ha encontrado al margen y en letra pequeña en una de sus esquinas, pero no es eso lo que inquieta, sino la sensación que provoca la lectura de la palabra *petroglifos*, “qué palabra tan palabra”, ¿quizá por eso anotada incansablemente?

He visto láminas de algunos atribuidos a los nabateos, pero sus formas apresan mi imaginación: el arte parietal no ajeno a la proporción, a la perspectiva, a la magnificencia indescriptible de lo tan vivo, en especial el de Chauvet y el de la cueva de Covalanas con sus dieciocho ciervas.

Lo enigmático. Lo primigenio. Lo que se intuye. El reflejo en el que se descubren otras maneras de vivir, no por lejanas menos añoradas, así los estucos del Palacio de Cnosos, el *Príncipe de los lirios*, su cabello oscuro al viento, su tiara tocada de plumas, las

cuentas del collar a suerte de flor de lis y en las muñecas unas cintillas en ocre y azul brillante; por el gesto de su mano izquierda se adivina una cuerda que habría de tirar de algún animal, el torso desnudo y los pies descalzos, la rojedad de la que surge y el contraste con otros colores atrapan para siempre un temblor imperceptible en los lirios. ¿Será el correr de la brisa por las arcadas del palacio quien los agite?, ¿o la danza de la *muchacha indecible*?



Una isla y un mar, la carga emocional de lo que queda tras la tempestad, las palmas tiradas sobre la costa, el silencio roto de un cielo sin nubes, la tinta en las estampas de Utagawa Hiroshige conocidas por *Tablada*; la polifonía que desconcierta el discutir de la psique, Babel furtiva en redención de lo oscuro.

Escribir, aunque siempre quede la sensación de lo inacabado, de que hay un faltante que se fugó en carrera desbocada, una barricada que no se franqueó o ese detalle que recrimina por su omisión, pero lo olvidado es un hueco por el que resignificamos nuestra historia. Lo demás carece de importancia.

La libreta se deshoja..., y la vida también.

II

Los ojos relumbrados por el azoro mientras la mano desliza la línea de un tejer fino. Grafía. La mente se llena de voces, de nanas, de canturreo y aprende despacio la forma del trazo. En la primera letra cabe el mar y la montaña, el principio del horizonte que brota y nunca termina. Una raya que es un precipicio dibujado por la pequeñez de los dedos, una balsa que flota en la blancura inicial.

Una tachadura será el ardid inicial para atrapar el paso de una estrella al caer, una mancha: una luminosidad de algo anterior que se balancea en las ramas de un árbol que todavía no alza su corola ni mece su ramaje.

Las piernas se columpian en la silla y las vetas de madera en la mesa son una geografía donde el aburrimiento inventa su desidia. La mirada se detiene, la hora es calma, la página es el alba y su iridiscencia, pero hay un cierto desconuelo que la inquieta, quizá provocado por la extrañeza que le suscita el poco entender.

Los ojos se tropiezan en el aire, escudriñan la carnalidad del silencio buscando descubrir lo perdido al nacer; un rastro otro, el balbuceo que permanece al asir la pluma y sostener su peso sobre el cuadernillo para inaugurar la brecha hacia un lenguaje diverso, ajeno al habla, recio a ser domesticado, territorio donde lo primario resiste ceder su relincho a la brida; pero doblgado el cuerpo, concentrado en el acto, papel, pluma y mano se volverán un continuo que habrá de sujetar el titubeo a las sílabas en una reiteración sin fin.

Plegaria. Salmo. Articulación. El abecedario hace incomprendible el parloteo de las flores.

Apesadumbrado el corazón arranca el cuerpo de su sitio y lo obliga a saltar en las charcas que ha dejado la lluvia de la tarde. La risa lo salva de la tiranía y el cuerpo se mueve ligero; brinca estrenando moradura; y reconoce el olor y la sal del sudor que se desliza por sus facciones. Eso tanto no cabe en una raspadura ni en la hoja, así que vuelta a la mesa la tinta se escurre apareciendo un prado agreste, una nube que cuenta el tránsito del nacimiento o el periplo de la mente hacia la escritura.



Escribo sobre escribir, sobre el valor y la escala de escribir. Lo demás es circunstancial y habrá de olvidarse.



Caminos apartados que desconocen el sigilo con el que avanza el azar, atajos que no lo son, calles que se recorren para esclarecer la percusión de lo que quisiera volar, ir hacia allá, hacia la montaña para abrigarse en la arboleda, porque la mente es un árbol que crece bosque y que traduce su escritura en un cuaderno.

¿Quién en el silbo?, ¿quién en su fruto?, ¿y la serpiente?, ¿y el vergel?, ¿y el infierno temido?, sea el insomnio el surtidor donde la sospecha declara una perplejidad arrebatada, donde las fronteras se diluyen y donde la niebla anuncia el encuentro con lo amado.

La mano obedece al dictado de una voluntad ajena, una lucidez va rasgando el aire, alguien recita el mantra, alguien persigue el cierzo y la ceniza, ¿una tormenta de múltiples relámpagos?

Lenguaje de lo ígneo / la fuga del deseo.

En el desvelo lo anhelado se derrama, y el esfuerzo por contener su proximidad reverbera por encima de la cabeza, su hálito dócil queda cerca del cuello, y el vaivén de su estar encanilla la visión de lo inmanente. Una grafía, un grano de miel que endulza la boca antes de que empiece a cantar.

Una espiral, una escala por la cual subir y bajar del cielo a la tierra, de la lluvia a las arenas, de lo amado al infinito; tender el cuerpo sobre los maderos para escuchar el golpeteo del agua en la quilla, y adormecerse con el sonido que mece y resucita.

La mano aferra la cuerda y ayuda al balanceo, hilo de oro con el que inaugura el tiempo de la ensoñación como una incisión hecha con una cuña sobre la tablilla, como un corte breve que declara lo previo del verso, mar antigua, arcano, lo liminar de la respiración.



Ritmo ancestral, abrir y cerrar los ojos, el barco es una matriz que acuna el susurro del remo chapoteando con las olas altera la percepción que regresa a la placidez del nado prenatal, ¿a qué despertar?, ¿a la sed?, ¿al sol?

El lamento tintinea en los labios después de haberse reconocido el momento donde se fue bajo la condición de lo no-separado.

Nacer es fracturarse.

El pensar intentará salvar el vacío que sobreviene, y querrá retener el silbo que acompaña el resplandor de cuando la grieta aún no era reino de este mundo. Pensar y escribir comienzan entonces como una resistencia corriendo el riesgo de quedar a ras de suelo o de caer en la trampa oculta entre el blanco y el negro que enmarcan los párrafos.



Y se bautiza y se unge la corola, se reza, se piden bendiciones, y se da un nuevo nombre; ceniza en ristra de lo que arde y se deshace; lo *muy antes* que irá despintándose del paisaje / y que habrá de esconderse tras la premura de su llamado / al que se responderá porque en su pronunciación / se rescatará lo que se es desde antiguo / su voz es un resonar de larga hondura.

Los ojos se azoran, se brillan, es pasado el mediodía.



En la playa, las casas se levantan con sus muros blanquísimos y sus geranios de fuego, ahí habrá de morarse, donde se alza lo por-venir. Lo demás es una impronta ya incomprensible, un amargor que habrá de marchitarse ante la alegría de concurrir, un escalofrío cuando el oleaje se embrama.

Vivir es arrancarse, dejar atrás, adentrarse en el arte oculto de la memoria.



Antes de la pregunta, el siseo, ¿de dónde se es?, ¿a dónde se va?, ¿quién el yo, ese sustantivo que recela? Un mazo de cartas marcadas, herencia de quien como Edipo está condenado a caminar y a desconocer la fiereza del desatino, ¿acaso no todos queremos regresar a la entraña?

Palabras que no se pronuncian por temor al infortunio, y en el refrendar la duda se irán arando los surcos del semblante, esa gota que horada en su caer puntual y que dibuja las causas y los azares de las promesas, esa hambre que acecha cuando lo que hay en juego es librar la cólera de la fatalidad; raya por la que

se desploma el reclamo. Frente a la adversidad no hay suerte que salve ni senda que acierte.

Palabras y no palabras, oposición que esconde en su despliegue la confusión y la zozobra que se apaciguan a través del poder de la respiración, cuando el aliento interno se acompasa con el del mundo y la noche es un aleteo de aguas en los ojos que se cierran camino al sueño.



El rostro amanece en el espejo, el agua fría hace que el yo se doble: la dualidad legitima la mismidad. La superficie nunca es atravesada, y el reflejo se fusiona con su opuesto. Sonríe, ese a quien observas habita el *castillo interior*.



La claridad en las cortinas denuncia el alba, la sombra de los pájaros canta, pero se echa en falta lo que se soñaba, ¿el despertar con lentitud obedece al incesante adormir?, la conciencia no despierta trae del otro lado una callada indefensión, un ovillo como el que carda la mujer pájaro en *Creación de las aves* de Remedios Varo.

Tardé años en saber que es posible vivir como el mirlo deslumbrado. Tal vez por eso el cuadro captó mi atención. Acercarse. Aguardar, y bajo el efecto de su delirio, apartarse a deshora con un *saber no sabiendo sin ciencia trascendiendo*.



Escribir, trasmutarse, traslumbrarse. *El otro soy yo, yo soy el otro*: cantarse en el doble como el narciso que engaña y abre la

puerta al descenso. Sea la línea, la hendidura del cáñamo, la huella quemada.

Chamusquina: el grito de Medusa sorprendida por Teseo; el grito de Medea al asesinar al hijo; el grito de Melusina desterrada; el grito en el puente de Munch; el grito acallado por el pañuelo en Dora Maar...

¿Y luego?, lo sordo.



¿Se deja de ser forastero?, ¿es posible enraizarse?, martillea el cuestionamiento, pasan los años y su repicar se escucha en la penumbra. El oído atento al ruido más tenue lo sobrecoge, el miedo lo atenaza, miedo a ser destruido por lo que ronda en lo oscuro, lo irrefrenable..., sólo se conserva el amparo en el saber recibir la noche.

La extranjería cansa, es largo el batallar, y los temporales van desnudando la piel que poco a poco revela la perfección de su anatomía. Se anda mientras la nostalgia afina sus cuchillas porque lejano es el rumor del mar y la muerte arrebató lo querido. Dicen que desde el celaje se adivina la fortuna. *Yo no lo sé de cierto.*

La aurora tiñe el cielo de naranja y la calima deja su vaho en voto sobre los cristales de la puerta.



Un lago. Un bosque. Una espada. Una costa. Mensajes que no se pronuncian, que se confunden en su *camino al habla* cuando la afirmación ocurre a través de la mirada animal: una vaca cruzando la carretera, una gallina que corretea para no ser degollada, un cangrejo afilando su pinza contra el aire que arremolina la arenilla: caligrafías extendiendo el aliento de lo verosímil.



El roce, el dedo en el labio, la demasía: el nudo corredizo hallado en la profundidad de lo preclaro. Queda en los párpados el revuelo escabulléndose a su arcón: el anonadamiento que escapa a su verbo. La boca cerrada, incapaz de engullir, *devorar* y *ser devorado*.



Tendido en el lecho, el cuerpo vigila la aparición de alguna señal que delate lo inmenso; mientras pasan las horas ha dilatado la respiración como los laceros cuando avistan su presa, los cascos hundidos en la hojarasca, y la plegaria que se eleva para no errar la flecha. Un soplo. Un vislumbre.

El cuerpo resiste el apremio de *incorporarse*, demora el cumplimiento solicitado por el barquero. Observa el techo que ahora es un lienzo que habrá de ser surcado por la mano impaciente que aguza el oído para cuando el fuego, para cuando el misterio, para cuando lo inexplicable de un dentro / que es un barranco / que no es advertido / pero que es pura ausencia / retumbe.

Ausente. El no figurado. El excluido. El rechazado. ¿O lo que se ha dejado atrás por distracción?

Desconocer si lo perdido lo ha sido por la desidia o por la indolencia con la que se enumeró su cuantía. El dedo crispado acusa la falta como rama ardiente, hasta que el oleaje de la culpa se derrama por los ojos.

Para desandar sólo queda alejarse, ir hacia adelante, llevar consigo lo abandonado.

Trance de desproporción insoportable. Simiente. Sea la vulnerabilidad, y lo que habrá de darse en su desgarró, la dádiva tenida por más preciada.



El borde de la tela comienza a deshilarse, es un descuido, los ojos cansados no logran enhebrar la aguja, la labor ha sido dejada de lado sobre la silla; la mano adiestrada en el ritual de lo cotidiano ha aprendido tareas sutiles, desapercibidas, necesarias; habrá de limpiar y suturar las heridas, hacer el día, marcar la pauta, hervir el agua, lavar las sábanas, el guiño que incita a proseguir, los cuadros, el sol a plomo en la cantera, los pájaros en el limonero y lo atroz tratando de arrastrar consigo lo que sea...

El hilo es engarzado a través de una ojiva más ancha y la puntada penetra la piel, rodea el corte, une, delata la cicatriz futura, cierra el supuesto de lo que hubiera podido suceder, clausura lo hondo, deja fuera de casa a la fiera rondando el desvelo, olfateando el aire, lamiendo la llaga, agazapándose en reclamo de alimento. Su mordedura fallida es anuncio de su vuelta. La parca nunca desecha su pillaje y no hay rito que sacie su sed, pero de momento la gratuidad de la existencia vence y entrega envuelto en azahares el *horal* de los años.



Toda herida reclama su reparación. Toda cicatriz es un pasado, y la rugosidad de su hechura se suaviza con el tacto que desconcierta el horror que la originó, y en su repasar constante se declara la fragilidad de lo naciente.

La primera escritura ocurre en el cuerpo, y la última.



Hay un gozo secreto al tomar la pluma, cada poro se implica en este sujetar lo vivido, rastrilla el plumín el blanco del papel, algo lee dentro de mí, algo previo, y en el deslizarse de la tinta

aparece el animal de fondo en su perfecta ensoñación. Las miradas se anudan en una respiración común. La lengua habitada, al ser escrita, traiciona a quien ha aguardado a ser visto y escuchado, por el otro que habla a través del cuerpo y que deja su resonar en este tejido.



El impulso impide el tropiezo y ayuda a recuperar el aliento, pero una vez lanzado el cuerpo al aire se interna en la esfera de lo insalvable; lo maltrecho se vuelve la tachadura en la plana de la infancia por la que caían estrellas.

El cuerpo temeroso toma sus pertenencias, su pluma y su papel y deja atrás el requiebre. El cuerpo canta y relumbra, que sea el mundo el que se rompa, que sea la ventisca y los pájaros trinando en su gracia quienes bajen en torrente a salvar la noche.

El cuerpo va tras un lugar intacto, reciente, sin lastimadura, porque todo comienzo es una ofrenda, un deslinde del estigma, una redención, la belleza que salva y redime del desastre. Buenaventura.

Y entra de puntillas, quedamente, porque la incredulidad es la templanza de quien mucho habrá penado para llegar a su biografía, para reconocerse en ella, para reconciliarse consigo.



Duele la mano de apretar con fuerza la pluma quiere prensar palabras para obtener su zumo, pero el estilete se niega a garrapatear siquiera una frase. Mira alrededor, se enfurece, las cuartillas parecen un zureo de nada, nada...

Mentira.

La sensación es la que produce el mareo, no hay un margen delimitado, el blanco se extiende indistinto, va probando

ventura y anublando los sentidos que agotan su ingenio en el contraluz donde perciben la planicie por la que cabalgarán las rutas del texto.

El vértigo incita a precipitarse en la marea elevada por el simún.

Estrecha la punzada para atinar el amarre. Quien escribe es escrito, hay una complicidad íntima: se presupone la necesaria extranjería del contrario. Se cree que la disolución de la tensión sobreviene cuando los ojos se apartan del texto, pero el libro existe, aplaza el encuentro, da una tregua. El asedio va más allá del mero capricho del cabrioleo de los perros al echarse a dormir.

El perro, por cierto, es amarillo.



La palabra es una flecha que recrea una conversación íntima y lejana, un gesto que prolonga la seducción, una montaña que se ha adueñado del mar, un punto donde se semilla el futuro, o esa doncella que tañe su flauta escondida en el interlineado de la página, y cuya pisada menuda devela la constelación que se entrega en el crujir de la rama, en la fugacidad, en la necesidad de andar para atar las puntas del cordón entre lo visto y lo no visto.



Estirar las piernas, girarlas, ir hacia atrás, hacia adelante, acción incesante donde la unidad del cuerpo en su cadencia le permite divagar, ¿y el abismo? No hay itinerario factible cuando sus fauces son el destino. Ulises tardó diez años en llegar a Ítaca y atrevió a escuchar el canto mudo de las sirenas, un canto que declaraba la perplejidad del instante y su aparecer.

Pura intensidad.
Pura estancia.
Sajadura.



Descubrir la gravilla, la retama, el helecho, trizas de un fragmentario que recompone *los lazos de familia*. Recoger del suelo una piedra, acariciar sus bordes, trocarla amuleto, tirarla, encontrarla, patearla para ir ligando un paso al siguiente; y en el peregrinar de la sirga desbrozar la huella intocada de las nubes; y en el grano adivinar lo probable, el silbido del tren, los durmientes de madera echados en pleno campo abierto, campo de estrellas, campo de flores; y el caporal ponderando, atendiendo, mordiéndose los labios con el temor de que la tempestad devaste la tranquilidad de la marina.



Cables, túneles, brechas tatuando la piel de la tierra, los rieles en hilada acercando a la estación. Las campanas prestas a anunciar la llegada del tren. En la mano la piedrilla por equipaje evidencia haber sido uno distinto al que pasea por la campiña, ebrio de sol, por los surcos del manuscrito.



La imagen golpea. La pedrada ahuyenta al perro amarillo que se paraliza en el punto y seguido de la frase.



El desenfreno es guiado por el sonido. La niebla es densa, se enhebra entre los acantilados. Se escucha el golpe seco de las pezuñas contra las piedras, el aliento se entrecorta por la persecución, el miedo dilata la pupila. Estar, pretil entre lo visto y lo intuido, cuando respirar es el bien máspreciado y el aliento una alcoba resguardada por el azahar de limoneros.

Deambula, da de vueltas, el círculo se desvanece, parece una danza barrunta y el palabreo va alzando su cornamenta para cobijarlo.

Deambula y supone. Equivoca y acierta. Oscila entre lo sucedido y la velocidad de su movimiento en el que se describe una travesía, una fisura que facilita visitar el hecho incessantemente. La recreación contradice al minuterero, y lo evocado recupera su fontanar, *tiempo memorioso*, el que al hacer presencia salva a la corza de la saeta. Altozano. El dibujo del cerco se deslava.



Recordar requiere una lentitud contraria al reclamo del que surge, un dilatar que recree la sensación del dedo resbalando por el vidrio, cuando la inocencia pretende atrapar la lluvia cayendo a raudal, cuando el ojo de la corza y el del cazador son un punto ciego, cuando tú que lees esto que escribo sientes el agua fluir entre tus ojos y los míos, cuando el dardo rompe el latido de tu corazón.

III

La lluvia entorpece el andar solitario, mediados de junio, la ciudad es una serpiente desenroscándose. De tanto en tanto, consuela la lectura del verano anterior, aletarga el desasosiego, ¿alzar la voz?, ¿cuál es la permanencia de lo que se dice? Se asiste al desenlace y el héroe ha desaparecido.

En el cuadernillo anoto lo que no debo dejar de lado, las cuestiones que impacientan. El desaliento es una *enfermedad mortal* y prodigiosa. No hay cura. No hay tratamiento paliativo. La peste es un mal sagrado. Edipo simbólico. Edipo y su esfinge. Edipo y su constante deambular por Grecia para liberarse del oráculo: lenguaje oscuro de lo oscuro.

Avispero: la morada sellada. ¿En qué habla naciente habrá iniciado Edipo a Antígona camino al Bosque de las Euménides?, ¿en el enigma que sana del veneno de la locura?

En el cuadernillo viejo de papel amarillado, con la letra dispersa, como disperso es lo que se da a ver, escribo. Las preguntas se arremolinan: ¿qué es lo vital?, ¿cuál la relevancia de su materia?, ¿de dónde la dislocación? La pesadilla irrumpe, tanto trillo recorrido para ser encerrados en el redondel de la encrucijada.

Edipo siempre mata al padre.



Escribir, atrincherarse en lo hondo de las palabras, en la sinuosidad de su germinar, en su humus. Percibir sus pasadizos, su huerto y su viñedo, dejarse llevar por el aroma y rendirse ante la

belleza de lo efímero y la decadencia de los siglos: la manzana que pende del árbol, la grana de lo que persiste: lo demasiado humano y Troya asediando con sus versos.



Escribir.

¿La suficiencia del lenguaje o por la insuficiencia cae la manzana, ese fruto por el que brota el lenguaje alucinado?

Y con el trino, la creación y la ruptura: la expulsión y la manzana.



Escribo, la tarde es calma, pero el calor es insoportable; una mujer acodada en el marco de la ventana, sin jamás haber tocado un cuadro de Dalí, escucha el “Preludio” de Debussy.

La calima adormece al fauno, que no habrá de abandonar su *erotismo bestial*. Le ha robado a la mujer el velo y lo tiende sobre la grama para soñarla ya ninfa.

Nijinsky y la fascinación por el fauno y la ninfa. Nijinsky relampaguea. Debussy acompaña su arrebato. Años más tarde la esquizofrenia se adueñará de su espíritu.

Nadie atraviesa el fuego sin mancilla.



¿La escritura danza?, ¿en su baile se exorciza el dolor?, ¿o el dolor es lo elemental?, dolor de ser desprendido, arrojado, *eyecto*; y el deseo apresurado incendia las siluetas.

Escritura y deseo tejerán los diversos momentos de la psique que se despliegan ante el fluir del río, ese caudal que obsesiona con su remanso: un fauno y una ninfa.

Lenguaje del ser / de la identidad / que inflige su destierro,
que al escribirse nos escribe, animal del fulgor.

Nijinsky es un pájaro que baila en las letras que escribo.



¿El enigma es un sacramento o por serlo sacramenta?



Cielo azulísimo de gaviotas entrando a puerto, en altamar atruena y la tormenta encrespa las olas. Las mujeres salen a esperar la llegada de los barcos, hay miedo porque alguien suele quedar atrás, es la prenda exigida por lo que mora en lo profundo.

Con el rosario apretado contra el pecho se encomiendan a “Nuestra Señora Estrella del Mar” cuyo niño lleva en brazos un pequeño barco.

El fauno duerme la siesta y no son de su incumbencia el mar ni las aves, su necesidad obedece a lo naciente, pero la lluvia lo habrá de sacudir y al alejarse olvidará el velo tejido con la voz del agua.

Las mujeres buscarán guarecerse en las casas construidas una a la par de la otra. Afuera, las redes quedarán tendidas para ser reparadas. Los cestos apilados dejarán escapar los corrillos de quienes van de puerta en puerta ofreciendo pescado fresco. Vida hosca la que no se aleja de la fuerza telúrica de los elementos.

El fauno se refugia con el rebaño y toca el caramillo para alejar la inquietud, la *música silente, callada, extremada* baja hacia la aldea y hace dormir; su melodía profetiza el nombre de quien será arrebatado por el mar.

Extraña ventura la adivinación y la plegaria.



Hay pocos pescadores que midan ya su fuerza en solitario, que salgan a navegar en una barcaza con lo enseñado por el padre y con sus manos por compañía. Traen consigo palabras venidas de lejos, un sortilegio que les concede entender ciertos avistamientos, señas que les llevan a evitar peligros que hubieran sido inadvertidos para quien desconoce los afanes de cubierta.

Dicen que suelen conversar poco para no asustar a los peces, pero es difícil traducir la simetría de lo inmenso a unas cuantas frases, imitar los sonidos del agua o determinar con precisión la iridiscencia sobre la espuma; más difícil asumir la discordia de su fragilidad y la contundente vastedad del océano.

Poco se es.

Dicen que al bajar de cubierta llevan consigo la agitación del oleaje amarrada a un sedal y que en el cabello enmarañado revolotean los alisos que darían impulso a la vela mayor, algo queda de la travesía en sus manos que imitan el graznido de las gaviotas que los siguen a casa para anidar en su techo.

Y acosados por la soledad beben creyendo ahogar el tremedal que se les ha metido en el alma; algunos incluso murmuran el inicio de la novela del barco ballenero Pequod: *Call me Ishmael*, para después rendirse al desvarío del alcohol.



Escribo, podría escribir sobre ciudades a las que no fui, a las que no iré; sobre la inutilidad y su paradoja; sobre lo que se alcanza a comprender y a aceptar, sobre lo irreparable y su desgarradura.

Escribir la sombra.

Desafiar.

Sin lenguaje no hay tiempo, sin tiempo no hay duración. El registro revelará el apuro por perdurar, por retornar. Brevísimamente.

brevedad que no teme vocablos como *exuberancia/escarpado/apostilla*, pero sí el haberse comprometido sin mayor gloria; y la pena embarga porque nunca se es lo suficientemente feliz y en la receta final lo no vivido es una borrasca.

La dolencia atormenta y el ánimo confunde la sanación con la intensidad; bajo el efecto de tan carísimo vuelo, el pescador creará hallar una plenitud en lo efímero. Olvida que la embriaguez suele empeñar la pobreza.

Sobrecogida por una sensación de desventura, sé que poco confía en la felicidad, sabe que no es suelo firme para la cavilación. Camina entre la luz de las farolas consultando a las estrellas sobre el revoloteo de las gaviotas en la noche cerrada.



Los dedos contabilizan el compás, enumeran los actos que se requieren para ejecutar con destreza los rituales diarios: siete minutos para tomar el café, dos para lavar la taza, tres para tomar las llaves y echar el cerrojo.

Una vez logrado el cerco, la ganancia se traduce en unas cuantas migajas que mitigan el desazón incitado por lo incierto.

El reloj es el juez implacable, una hora si se corre con suerte para llegar al trabajo..., la biografía cronometrada, eficiente, de aparente éxito, el tiempo lineal del progreso, el futuro que nunca llega. *Tiempos modernos*, una epifanía singular.

Tal la medida de los días. Tal el equívoco de la ponderación.

¿Dónde quedan los afectos, *las queridas cosas*?, ¿dónde lo monumental de los acontecimientos que llamo “míos”? Inmersos en el barullo, ¿desde dónde medir el ángulo de lo nublado? No hay puntal que sostenga la atadura.

Comparar, competir, vencer..., el poder de dominio corrompe lo más puro.

En el lienzo del mantel navega la barca hacia la mar picada.



Escribo, el origen es un punto que estalla, pero la idea borra su invención. Lo que desata mi curiosidad no es el estallido sino el punto, ¿será porque la pluma lo origina al apoyarse?, ¿o es una perforación?

La escritura es un vacío que se extiende y que espera la vuelta del pescador a puerto.

IV

Benarés, bajamos las escaleras del Dashashwamedh Ghat

para subirnos a una pequeña barca y ver desde el Ganges el amanecer, nos acompañan una ofrenda de flores y comida, y una pequeña vela apagada que apresa la fragancia del loto. Nos alejamos de la ribera donde los hombres lavan sus rostros, los sadhus con las tres líneas de Shiva dibujadas sobre su frente rezan; y algunos más meditan, y los menos, bromean. La noche desgarrar su penumbra y el miedo se disuelve en sus aguas.

El Ganges, la madre, nos recibe en su seno, vemos el humo de las piras y el sol brota en su amapola.

El silencio en el río es inimaginable, se inhala y se exhala, armoniza, serena, limpia. Lo sagrado en su benevolencia. Declaración. ¿Suspiro?

Las escaleras son la frontera de la cual se parte y a la que se habrá de volver. El guía, mister Roy, me pregunta en inglés, *what would you give to your Mother so she would always keep you in her heart?* —¿Qué le darías a tu Madre si quisieras que te tuviera siempre en Su corazón?— *Food, flowers, light...* —Comida, flores, luz...



Mister Roy es un hombre espigado, de habla sosegada, su inglés es pronunciado con cuidado, su mirada es un espejo de agua donde se expone la indefensión del alma al torrente de la luz y la oscuridad.

Nos lleva por callejuelas angostas donde el trecho de los muros da cabida a que los vecinos charlen por los balcones. Escuchamos el sonido de campanillas y nos pegamos a la pared, la familia acompaña al difunto tendido en una angarilla cubierta por una sábana, mirra y flores diversas. No hay horror sino aceptación. El guía juntas sus manos e inclina el cuerpo manifestando su respeto. Cerca de las piras sobre los rescoldos apagados los perros se echan para calentarse.

Seguimos por la parte más vieja de la ciudad hasta llegar al Templo Dorado dedicado a Shiva como Señor del Universo, sólo me es permitido contemplar la cúpula desde la distancia, el aire es denso, el olor a incienso marea, las piedras renegridas por el humo..., el contraste agudo que escapa la comprensión.

Al salir, en la acera de enfrente, en un puesto remetido, compramos unos *yapa malas* (cuentas para meditar, para rezar, para transustanciarse...), hechos con la semilla del árbol nombrado *rudraksha*, la traducción de míster Roy, aproximada y con reservas, así lo indicó el gesto de su mano nudosa, fue *the eyes of the god being*, y yo traduzco a mi vez con mayor inexactitud por lo siguiente: *los ojos del dios siendo*.

Se cuenta que estas semillas son las lágrimas que Shiva derramó al observar la miseria humana. Se suelen perforar por su nudo para enhebrarse. Solían engarzarse ciento ocho, y una más señalada como *bindu*, que se concibe como gota, incisión, sobre-escritura...

Míster Roy acuerda el monto y, en medio de su ir y venir, advierto que en los anaqueles venden especias, ámbar y sándalo, cuerdas y ganzúas, tabaco, cascabeles de serpiente, tienda de barrio con un escalón hacia la calle. Míster Roy recuesta su cabeza sobre sus manos para explicarme que es en el peldaño donde el tendero suele dormir.

Benarés, Varanasi, Kashi, “la iluminada”, “la brillante”, “la espléndida”, la ciudad unida a Ganga y dedicada a Shiva, para

muchos una trinidad indisoluble, para el extranjero una confianza inquietante.

La actividad en el cuadro antiguo transcurre lenta, im-
pasible, las personas viven en la calle, y los animales, sean pe-
rros, vacas, cabras, burros, ratas..., peregrinan en un mismo
estado de somnolencia, salvo los monos, que bajan rápidamente
para robar fruta o lo que quede al paso de su incursión. Agresi-
vos, implacables.



Los pasos de mister Roy son un baile que esquivo piedras, agu-
jeros, excremento, basura, lo no deseable; los nuestros son de
una gran torpeza. A la vuelta de las callejuelas gira su cabeza
para asegurarse de que lo seguimos. Se escuchan plegarias que
se elevan en cánticos que traen al presente lo muy de atrás.

Los sadhus aparecen con su lengua roja personificando a
Kali, la sanguinaria, la terrible, la que descoyunta y desmiembra,
tumba y útero, la destructora del tiempo..., su índice pinta con
ceniza un lunar en mi entrecejo. Mister Roy pronuncia las pala-
bras *bindi*, *tilaka*, lugar del “tercer ojo”, centro energético, ojo de
la mente... Sonríe. Mi confusión delata mi ignorancia.

El recorrido evoca las vueltas en un laberinto, hay una lu-
minosidad entera, todavía el frío hace temporal, por lo que en
este tramo no hay niños, sólo turistas con los ojos alucinados y
un cielo que sorprende por su claridad.



Un laberinto que arde en mis dedos y que escribe letras de fuego
en tus ojos donde lo no-Dios es lo naciendo en mi memoria. En
la oscura noche de una subida que es descenso; en la mezcla insólita
de olores maravillosos y nauseabundos; en la frente quemada

por la lumbre de un tiempo que se arremolina en las ascuas ya secas, ahí, el instante en el que la desproporción es un despertar.



La Universidad de Benarés se encuentra cerrada, lamento no conocer su arquitectura, por decir lo menos, y por decir algo más, conocer un lugar donde palpitan más de treinta mil estudiantes.



Míster Roy modifica el itinerario y decide llevarnos a Sarnath, donde Buda predicó por primera vez en el Bosque de los Ciervos y donde habló del sendero medio para conseguir el nirvana.

El estupa se eleva enigmático, callado, con su pátina suave y ocre, casi tierra. A unos cuantos pasos queda una parcela donde tímidos asoman sus ojos grandes, anochecidos.

El tiempo es un ciervo que retorna a su mandala.

Quizá lo más significativo sea el árbol que desciende de aquél donde Siddhartha Gautama tuvo la iluminación, para entrar a su atrio hay que descalzarse, entonces los pies presienten un percudir ligerísimo que proviene de las raíces. Las hojas son recogidas como bendiciones. Tomo una.

Mientras releo lo escrito, busco la hoja enmarcada en el pequeño cuadrado y siento la mirada del ciervo sobre mí.



La mancha del agua, premonición, no hay habla; la mano arrulla y acaricia los matices, un momento: querencia de lo que ampara, de lo que nos prolonga en los demás, ¿sin ello dónde lo posible?

Estancia. Secuencia del retrato en su contrapunto. La narrativa del hecho exalta las emociones extremas que llevan a

abandonar el cuerpo. Escribimos para consolarnos, para tener una significación, para compartirla y persistir. El trueno talla desde el inicio sus caracteres, por eso la lumbre en los ojos de quienes atraviesan el bardo y regresan con su rama ardiente.



Quien muere en Varanasi es regalado por Shiva con el “Tarak mantra” que cortará los hilos del *samsara*, del devenir en su eterno retorno. No he venido a morir a sus aguas ni porto conmigo creencia sobre el karma, pero hay algo que con sigilo se prende a mi piel, un claror ocre que es a la vez una tajante limpidez imposible de evadir, inevitable no tratar de retener este impulso que devuelve la transparencia a la mirada.



En las chabolas los perros amarillos, sarnosos, con la piel pegada al hueso husmean la basura. Las mujeres cargan a los niños y avanzan sobre el polvo con la hermosura de sus saris y sus trenzas. Su silueta se adentra, dice mucho más que una mujer y un niño y lo que dice es la repetición hacia la eternidad del *mirage*: una mujer cargando a un niño que camina despacio por el polvo.

La rispidez de la belleza.

Lo abrupto de su aparecer.



Míster Roy comenta que la época de izar cometas es cercana y la del monzón habrá de tardar; la primera vuelve multicolor el cielo; la segunda detona la tonalidad insospechada del verde. Se queda callado para en seguida indicarme algunos árboles con

ofrendas de flores y frutas. Cuanto más miro su figura espigada tengo la impresión de que en cualquier momento habrá de echar a volar, tal su condición de desapego y disolución de conciencia que lo lleva a ser más etéreo que un cometa.



La última parada es una fábrica de telas. Las ruecas de madero viejo donde se carda la lana, los telares de esterilla donde se hila la seda ocupan un pequeño cuarto que da hacia un patio privado, donde el enjambre de hojas es un mazo de sombras.

Las telas atrapan la sinuosidad del agua, resbalan con inusitado deleite por los brazos, están hechas para exaltar la sensorialidad que llevada al extremo distorsiona la percepción de la conciencia. Mirando el movimiento de las nubes a través de la seda cruda, me sobreviene el gozo súbito de la contemplación.



Veinte horas en Benarés, la noche es la monotonía de lo inaudible, quizá porque aquí su existencia sea la mismísima noche o porque simplemente no existe y se enreda en un *no.tiempo* o porque su presencia descarnada es la experiencia abisal de lo íntimo.

Y es de noche, y ha llegado el momento de partir.

Mi corazón se queda en sus brechas, en el sonido de un lenguaje que no entiendo, en el deseo de ser acunada por la madre Ganga y en la delicadeza con que lo bello limpia la mirada.

Deletreo *Benarés*, y me aduermo en la sensación de la barca. He sido bendecida y pájaros vienen a mi ventana trayendo su distancia y su querencia.

v

Cierra los ojos y escucha la fuente de azulejos mudéjares; no los abras, huele el aroma de los naranjales atrapando el correr del agua. El caserío viejo recibe los días, a pesar de que se le han desprendido los mármoles y los detalles de cantera labrada, o de que la hiedra se ha ido enredando por sus capiteles.

El caserío conserva, a pesar del abandono, el resonar de lo muy vivo.

La ruina impone su ley, es una anotación, un sello, un tatuaje, un signo que testimonia que “lo extraordinario” tuvo lugar en su espacio. Lo demás es una larga cadena de desaciertos que construyen una anatomía de *varia invención*. Nada vence el imperio de su arquitectura. Nada calla entre sus muros, a pesar de no tener voz para contarse.

Quedan sus patios con su aire en levante y el sol a plomo, con su pozo de piedra, su brocal y su cigüeño de hierro; queda su espacio abierto por donde la noche custodia sus estrellas. Basta salir a su enramada para dejar atrás la defensa de los contrafuertes.

Sus arcadas espigadas perfilan galerías en fuga que rematan con alguna escalera o con una capilla, o simplemente abren a un claro donde un árbol custodia una parcela. En ocasiones soportan un cobertizo de tejas por el que escurre el agua del temporal que se recolecta en un drenaje disimulado entre los setos o por una rejilla acanalada.

La lluvia que bate sus canteras, con su ritmo violento y que azuza el olor del monte, asalta siempre el latido. Gardenias,

jazmines, limoneros, rosales y, si se corre con buena fortuna, una magnolia en flor.

Al obscurecer, la brisa y el piso de mármol ayudan al incauto a refrescarse disipando el olor de las flores y las hierbas de la pequeña vega.

Patio enclaustrado, un centro creado a semejanza de quien lo habita, íntimo, donde se resguarda de lo ajeno y refugia sus *queridas cosas*.

La puerta que da acceso es simulada detrás de las columnas, la entrada es abrupta, pero la sensación de recogimiento emocional, hay una quietud que extrema la experiencia de lo inexpresable. Un patio simbólico, un paraíso recuperado, un voto donde el alma deambula sin el temor a ser reclamada por sus deudas pasadas.



El paseante se detiene al sentir la tirantez en el hilo que se carda en rezo. La madeja se le ha enredado por descuido en las espinas del rosal, para desatarlo tendrá que rehacer los pasos. La torpeza le permite observar con detenimiento la disposición de la huerta que lo obliga a moverse alrededor de su centro.

¿Y las estaciones?, ¿y el soplo?, la espina del diente de león bailando, rodando por el aire, sujetando su floración a la ceguera del porvenir, una alegoría de lo que sobreviene bajo la tutela del azar.

La lagartija demora su correría en el brocal del pozo y atrapa al insecto. Sincronía de una bifurcación. Confluencia que describe la atadura donde se concentra la atención. La afinidad celebra lo apenas percibido: la grieta en el hielo, el canto de la cigarra, el talón, la pisada leve, el ramaje en la tierra húmeda.

La penumbra invade el atrio, el prodigio del claroscuro tiende a aliviar la tristeza que aqueja sin mediar causa alguna, se

hubiera podido ser *el caballo en la montaña*, pero el verso fue cortado de la rama y el asombro que produce el refinamiento de su perfume entorpece el entendimiento.

Apartada la flor, ¿qué fruto ha de reverdecer? La fuerza declina su ímpetu ante el capricho, y en esa candidez principia el oscilar del péndulo entre la promesa y la presencia, ¿dónde la verdad?, ¿afuera?

Y qué es afuera sino lo que se evita por su barullo, lo que no cabe en la palma de la mano y que para recorrerlo habrá de renunciarse a la tranquilidad de su celaje, a la urdimbre de su agua y a la gracia de los días serenos.



La filigrana emula el despuntar de la semilla en tallo, su tremor cautivado en los pendientes anuncia esa ligereza de cuando el esplendor retoña cumplidamente. Hay un extravío que logra hallar morada en el aire, fundar en los lóbulos el canto de las aves, pero en tus ojos la noche dilata sus pupilas.

Recuerdo entonces el reclamo insinuado a manera de juego “Pero eso que escribes no se entiende ni un poquillo, dímelo en una oración simple, con la puntualidad de un haikú”.

Los pendientes / un vuelo de aves.



Escribo para conversar contigo, para contarte del día, de lo que rehúye toda palabra conocida, te enseño fotografías de mis padres, de mi origen, del suelo de donde broto porque quiero que te lleves mi historia contigo, porque no quiero que me olvides ahora que te es tan cercana la muerte, porque no tengo manera de hacerte quedar en esta orilla, y no importa si te hablo de los viajes o de la bruma, de mister Roy o de Finisterre, no sé cómo

atarte a mi cintura y que te quedes conmigo acodada en la ventana, viendo pasar la tarde.



Escribir, una desgarradura y una fidelidad; una pertenencia y una extranjería, condición bifronte de quien arranca la esperanza en el deshojar de un cuaderno bermejo.



Escribir y reencontrarse en la escritura: burlar así la muerte, burlar así la vida. Lo escrito describe el diseño del jardín del Convento de Cristo en Tomar, su “camino de en medio”, que consigna un saber subterráneo transmitido de boca en boca. Sus laberintos de setos emulan los de la Edad Media. Cada tanto hay una pequeña glorieta con un estanque de lirios. Las sendas laterales han sido poco desbrozadas para dar la sensación de un bosque no amansado.

La floresta es parte de la Mata Nacional dos Sete Montes, y es conocida como la Cerca do Convento, por el que vagabundaban los hermanos en busca del Dios que no encontraron en Tierra Santa. No hay indicio alguno, marca o dato que cuente algo sobre la expulsión del reino de Oriente, ni quién fue aquél al que se apartó humillado por un mapa de guerra. Sólo lo calmo.

Tras los cipreses, pinos, árboles de Judas y robles milenarios hay un puente detrás del que se esconde un pequeño templo de piedra labrada al que llaman La Carolina.

Dentro de la fortaleza recojo un diente de león, sorprende su delicadeza en contrapunto a la monumentalidad de la edificación. Sobrecoge la finura de sus esporas capaces de aflorar incluso en la ranura de una piedra: y entre asombro y asombro, se impone el claustro central de arquitectura renacentista con su

fuente y sus arcos tallados; así la fachada poniente con “la ventana del capítulo” de estilo manuelino que representa el árbol de José según las sagradas escrituras.

He tomado diversas fotografías que no habrás de ver. ¿Una caligrafía de luz? —preguntar a quien domina el traspunte entre el pintar y el fotografiar.

Apagar las luces, dejar la pluma de lado. La mente y su dédalo, el hilo que se suelta de las espinas, el torzal que une el cuerpo y el alma, y que asiste en el desprendimiento propio del adormecer, una escala por la que se regresa. Todo duerme, mas no todo sueña.

Secreto tan secreto que borra su alegoría donde se posa.



La visitación es un relámpago, sus ojos resucitados son un estallido, y las palabras irrumpen en su cenizas. Lo que se cuenta, ese minuto que transporta a una dimensión alterna, ensancha la noción de lo interminable. El desconcierto es una ferocidad.

La demasía sobrepasa la sílaba cantada, pero ese astillar es lo único probable, semeja el trino o el borboteo del agua, sonido que devuelve la alegría y aligera el peso de la nostalgia, piedra pequeña que anida o hueso de granada en el puño de Eurídice.

¿Redimirse?, ¿quién portará la moneda para el barquero?, ¿y por qué habrá uno de irse con él?, ¿qué ley habrá de cumplirse cuando forzoso es el pago?, ¿o es el chisporroteo de un pabilo que alarga el perfil de las sombras chinescas?

Y escucho de nuevo tu voz: —Travesía alrededor de la escalera. Mujer desleyéndose sin ser pintada por Dalí— y vas diciendo otras oraciones deshiladas en el aflorar de las figuras sobre la pared a manera de un “teatro chinesco”. Los dedos tejen una trama desconocida, tu humor y nuestras risas espantan

la hora de dormir; y el nerviosismo surge cuando madre asoma por la puerta para dar por terminada la velada.

Es el recuerdo que hace cala y se arremolina, esa cantata que burla la razón y hace legítimo lo insignificante.



Entre los dedos el diente de león coquetea con su perfección precaria, la brisa habrá de dispersar sus esporas o tal vez ocurra por algún tropiezo debido a la irregularidad de las baldosas. El portador es cuidadoso y admira la hermosura de su redondez, su orden discreto, la altísima luz de su forma.



Hay un verde profundo que serpentea alrededor de la pequeña ciudad, dicen que cercana a su ribera había un tremedal, pero el hecho carece de relevancia.

Hemos llegado el último día del año y no hay gente por la calle, un frío corta el aire y la lluvia remonta a ratos, ¿qué depararán las estrellas de este firmamento?

Y escucho el despertar de la fronda mientras siento el peso de una historia que ignoro. Suavizo el paso tratando de entrever la tristeza de quien por ganar un reino olvidó la tierra donde moraba su espíritu.



Un manantial: las voces se elevan en su marea infinita, vaivén fundacional que envuelve el aire y lo que habita en la espesura, un refugio, un abrigo, y en el fluir del río un sayal abandonado. Miro su tela deshacerse al golpearse entre las rocas y comprendo

que su entrega es un naufragio elegido. Después sólo el sonido del agua.



¿Cómo hacer el levantamiento del grosor de una muralla que circunda la floresta y que no echa en falta el revoloteo de las gaviotas ni el olor a la sal? Aquí el azul de la lontananza peregrina sin nubes.



Debería escribir sobre los tiempos que corren, de la vacuidad, del milagro de la electricidad, de las bibliotecas públicas, de cómo lo remoto, que hace elevar las anclas, ha desaparecido. Ahora se navega en océano contrario, éste es uno creado por los algoritmos, y es de blancura interminable. El zarpar no es sino la decisión de un torbellino.



Apunto: “Temas sustanciales: la fatalidad, el estigma, la cara y cruz de la suerte; la manía y el peligro de su veneno; el insomnio y el desasosiego, los terrores nocturnos, el juicio de los incrédulos, y la bruma, en particular la del Bósforo y la Mezquita Azul...”.

Por providencia amanece.

Las hormigas desconocen estas cosas que he enumerado, les gusta la madera que se usa para la cimbra y son una plaga taciturna en la mayoría de las latitudes. En la casa de San José de Cuautla el amate mayor se derrumbó bajo la lenta invasión de la hormiga colorada. Las razias de las siafu, así nombradas por los

masai en África, devastan a su paso lo que interrumpe su marcha; así el *morro de muchém* en el sur de Mozambique.

La pequeñez nunca es intrascendente.



Acercas la cámara para enseñarme el rojo de la tierra, su matiz es de una gran profundidad y manifiesta lo repetitivo en el salmo de un rezo, lo inconcluso y lo discontinuo, un ritual arcano de la floración y la extrañeza; hay un dejo de aflicción en tu ceño que confiesa el haber sido parte de un amor absoluto que se dilapidó en la intensidad de un chispazo.

¿Dónde esa infancia?, ¿qué alegato cuando adviertes la sirga?

Me muestras una y otra vez la imagen, eres capaz de oler el calor y la humedad de la mata, no sé si en tu insistencia haya alguna ofrenda, porque el color es un sentido oculto y, en ti, la brecha en la floresta es símbolo de pertenencia. En mí, lo será el resplandor filtrándose por las hojas de los árboles.

La emocionalidad rinde tributo a la tradición, a lo que se hereda, a la familia preexistente, a la que se expande a través de los relatos que se cultivan y se acumulan en bienaventuranza, las que se pulen en la entonación de la voz que precisa de paciencia y atención al detalle.

La salmodia ignora los motivos por los cuales se parte o se renuncia a lo querido sin mediar despedida o aviso previo.

A veces, simplemente, la suerte da un vuelco y se deserta el territorio de la niñez.

No hay vuelta atrás cuando el desprendimiento se cumple. Desaliento. La boca se amarga y se torna muda: el mal de la melancolía alimenta cualquier vacilación.

Muy dentro se atesoran las vivencias con las que la dignidad habrá de levantar ánimo y continuar por donde el aguacero arrecie.

Escribir, a deshora, lo que es lo nuestro, esa rajadura, esa herida abierta en la tierra y en el ánimo.

Escribir. No escribir.

Se puede ser abandonado por la escritura, pero no por la *música callada, la soledad sonora.*



Se me atraganta la palabra *corazón*, se me atraganta la palabra, se me endurecen las articulaciones de los dedos, ¿para qué escribir?, ¿qué fidelidad habrá de añorarse con tal desatino?, ¿lo que se contempla?

El paisaje cambia y también sus moradores, pero extrañamente adquiere un peso insólito y se resguarda en el interior en don preciado, nada habrá de arrancarlo de este celaje porque nada usurpará del corazón lo vivido.

Escribir a destiempo.



El engaño de la repetición es creer en la exactitud de las gotas de agua, pero la duplicación es equívoca, responde a cambios imperceptibles. No hay dos flores iguales ni dos mirlos para siempre.



La reiteración es fundacional, ofrece la duración y la discontinuidad, me sé la misma en el devaneo de la tarde y en el fluir del río que escucho domado en las espinas del rosal; ya sentenció Heráclito *cambiando reposa.*



El ritual del café en las mañanas, una taza que concede que el calor acomode las manos a la rutina, un momento para apaciguar la mente y traer hacia sí lo querido: la risa de los primos en el mecer de la hamaca, la iguana con sus párpados caídos al cobijo de la palma, el sonido de las cigarras, el zumbido de los moscos, el placer inmenso de leer sin interrupción, de holgazanear y dejar correr las horas al pie de las olas, o de capturar cangrejos ermitaños para que morasen castillos que habrían de deshacerse con la marea..., la piel huele a yodo y a sal y, con el correr de las semanas, a sol.

El mar aquel frente al Pacífico.

El mar que me regaló mi padre.



La taza queda en evidencia, así la arqueología de los lugares, el hallazgo de una lasca pequeña con caracteres cuneiformes, un pedazo de corteza recogida en Azores, un platito de cerámica con caracoles traídos desde el mar de Galilea, un caballito etrusco, una paloma de porcelana..., objetos diseminados entre los libreros, una caja con incrustaciones de plata que guarda plumas, los lentes en estuche de cuero de tono grana, y el sillón pequeño que conserva el acomodo de la silueta en sus muchas horas de lectura, también una alfombra comprada en Estambul y heredada de los padres.

El estudio conduce a un pequeño patio con mosaicos traídos de Portugal, avista una arboleda que defiende la soledad necesaria para escribir. Sin esa condición de retiro, de aislamiento, de clausura, sería difícil concentrar la atención en el silbo de la saeta.



Los libros provocaron el viaje inmóvil y el cuerpo fue por donde no atrevía. El pensamiento soltó las amarras para construir una trascendencia sin mayor pretensión salvo la de la quietud. Sabido es que la desgarradura pocas veces encuentra expresión. Quizá por eso la novela de Pierre Loti *Las desencantadas* en la mesilla de noche, un recuerdo de cuando madre lo leía en voz alta semanas previas a entrar a la universidad.

A los dieciséis el mundo es una pregunta que empieza a hilarse.



Lo mío era echar a andar, sin rumbo, parando donde la curiosidad ganaba la marcha, pero pronto aprendí que aunque pocos ganan el pan con tal oficio, caminar define nuestra condición, ese misterio por el cual se mira hacia arriba para saberse uno con el firmamento...

Escribir y caminar, pensar y caminar, y la cámara cerca de las manos para fotografiar lo que captaba mi atención por reconocerme en lo que declaraba. Cada toma era un apunte que reviviría la experiencia: se volvería sin volver, y alguno persistiría conformando la carnadura donde me refugio cuando la inclemencia de la tormenta me doblega.



Había en ti la reciedumbre de quien ha sido obligado a dejar atrás la inocencia. Tus nudos se tendían como las redes sobre la arena porque era incontable lo que habías andado para llegar a esta playa. Me decías que a veces sólo se conoce la longitud de la costa

donde se nace, y poco o nada, sobre las cartografías que se extienden allende el mar.

Supongo que era tu manera de contar, tu media voz, lo que me pedía dejar constancia de la pérdida de la colonia, de la sierra, de la goma de hachís y los fumaderos de opio, de las islas y sus litorales remotos.

Barajeabas las fotografías para mostrarme una existencia muy otra, en un paraíso fulgurante, donde viviste la revolución bajo la profecía del hombre nuevo, pero esa patria nunca llegó, porque la patria nunca llega cuando es asesinada a puñetazos y el resto de la historia es la que no escriben ni los vencidos ni los vencedores.

VI

Teníamos que hablar de Santa Sofía, sobre todo después de haber encontrado la postal entre los libros, imagen que corona lo alto con la caligrafía de mi padre, pero había otro hecho usurpando la memoria... fue cuando vi bajar a la charca estrellas. Los animales andaban a tientas para evitar que fueran a alzar el vuelo llevándose consigo el misterio; se asomaban de entre el matojo y agazapaban el cuerpo en sus patas delanteras, la sed apremiaba y bebían con premura lo terrible y lo salvaje, su nerviosismo adivinaba el presagio, la inminencia de la dentellada bestial.

La noche y su secreto de luna llena, de apareamiento, de mareas que doblegan el vientre al deseo.

Testigo del umbral donde la mancha desvaría en sonidos de flecha brotándose flor, se cierra su cáliz y se adormece la muerte, la sangre entinta el agua, ni rastro de la corza que asomó sus inmensos ojos hacia lo eterno. Las leonas arrastran su cuerpo por la picada de tierra apisonada.

Sopla la brisa y el cielo se calla, sólo mi estremecer ante la sacralidad de la víctima cautiva, y sus ojos fijos en los míos en una súplica que se me desgrana en ristra, y su desacompasado gemido cortando el aire que respiro.

Sus ojos se apagan cuando su cuello es anillado por los colmillos para desaparecer en un brevísimo estertor en lo negro de la mata.

Si hubiera sido yo bebiendo estrellas..., pero sólo he sido un observador, inevitable quedar con la agitación de la hierba en el

interior..., en África la intensidad es de tal vehemencia que sólo la distancia impide el no ser arrebatados por su furor.



Su muerte persigue mi sueño, su espíritu me llama, es un arrastre de jacintos donde no los hay, he escuchado el silbo del ijar cuando trisca el aire, he corrido atravesando los rastros para encontrar pastizales en la sequía.

Y queda el regusto del miedo, y pienso en el Huerto de los Olivos, en el jardín de Getsemaní, donde el primer aceite de la prensa se destinaba al Templo, aceite como sangre ofrendada para lavar la rajadura original, donde la lengua de las aves a veces sosiega el hambre del leopardo del que me cuentas en la penumbra al caer de la tarde durante la cena; apenas con los gestos eres capaz de describir cómo llevó consigo la corza a la cima del árbol. Tus ojos incendiados. Los míos llenos de su relumbre.



La fragmentación de la memoria, sus chinillas rodando en un canturreo que resuena en las palabras que la aturden, que la recrean, que traen consigo la vuelta de los momentos: el leopardo sube al árbol y en el jadeo de su hambre olfatea en busca de lo que se apresta arrebatarse la caza que detiene entre sus patas delanteras.

El hambre hechiza, pienso, y la saciedad aburre revistiendo la vida de abulia, esa enfermedad irremediable del declive.

Es de noche y hago un esfuerzo por hilvanar los pedazos de lo vivido. Me adormezco y entresueño que estamos de nuevo en Jaipur, escucho los sonidos de cuando amanece, los monos pueden ser tan violentos como un leopardo, o eso me decía la jardinera, para que desconfiara de su proximidad.

La India de mi infancia mucho tenía que ver con la lectura de Salgari, y el África de las picadas de tierra roja con las charlas cuando el tiempo era un jilguero; cuando el estanque era un espejo de jade jugando con los reflejos del agua; cuando la significación era un trazo sutil por donde un leopardo hacía huir a las corzas mientras escuchábamos el pulso de su carrera desbocada.



Es una charla deshilada que no incordia porque el memorial al astillarse se deslava, pero su fraseo perdura en los objetos como si su presencia fuera capaz de aprisionar la vida y su permanencia fuera una defensoría de lo inverosímil. La mayoría de las veces las piezas caen al suelo celebrando el desorden necesario del comienzo.

La fractura, la diseminación, todo polvo, toda cellisca.



La inutilidad del gesto que acaricia la madera de la mesa interrumpe su trasiego al demorarse en la sedosidad de la hoja de papel; una vez instaurado el reino del caos sólo queda esperar, dejar pasar..., a un lado la pluma también espera a convertirse en un machete capaz de abrir las trochas en la maleza.

La pluma, piensas, un modo de vivir que se apaga. El nudo maravillado de la escritura que contiene la realidad a través del lenguaje seduce por lo que habita en su serrallo, una puerta que abre su enigma cuando se adquiere la destreza del cazador que intuye al leopardo tras la rejuela del párrafo que deviene silabeo.



Platicamos en apenas un susurro, el crepúsculo nos envuelve con sus acentos que nos son ajenos. La extrañeza ante la polifonía de la lengua animal y la inminente sensación de lo salvaje jugando con los dados revelan la profundidad de nuestra pequeñez; inevitable el vértigo, inevitable el delirio que es inmovilizado por la mano que se desliza sobre el lienzo de la piel, donde el tiempo escribe su aventura exigiendo ser dicha, donde lo turbio dilata su contorno.



El barrito de un elefante nos despierta con su asonancia, su trompa se levanta sobre el aire para detectar olores lejanos, lo observamos largamente, y en un abrir y cerrar de ojos, se desvanece entre los arbustos.

Hay cierta placidez, la calima trae consigo la humedad del río que no escuchamos, y el fluir hace presentir una tesitura que escapa al discernimiento exaltando la percepción del cuerpo.

El horizonte se derrama y el olor del café muy de mañana nos lleva por las sirgas de Madikwe, el naranja del cielo y el zumido de los insectos van abriendo el día, en la tierra húmeda se revelan otras formas de escritura de inigualable fuerza vital: gamos, cebras, gacelas, corzas, rinocerontes, hienas, jirafas...

Frente a este reino, lo banal no tiene cabida, cualquier incidente nunca es por acaso. La necesidad sobrepasa el abismo bajo la certeza de que las pisadas habrán de borrarse, y de que el presente es una campana cuyo repique sostiene la pulsación.



El silencio impera porque la palabra no basta, la desnudez del nombre señala y cerca. Lo que queda dentro de su periferia rebasa la posibilidad del lenguaje: el dentro que se resguarda bajo la afonía y que cabalga a lomos del tiempo. Pareciera, en el recuento de lo perdido, que eso es lo que alumbró el futuro.

Escribir de lo inmenso que no tiene cabida en las letras. Lo inmenso que cae como la lluvia sobre el mar, como el lenguaje en su floración.



Creciste en África. La última foto tomada en la reserva llevabas un salacot colonial y un bastón zulú, tu figura rígida exhibe una sonrisa amplia; a tu lado un tambor yembé en cifra de la percusión como arte: el tacto que transmite lo que mora en el interior del cuerpo y que se transforma en una voz que vincula filialmente hacia un universo del que poco desciframos y cuya premonición se circunscribe a su sonido.



Un whisky, eso tomaban tus padres frente al Índigo, los míos también, pero con el Pacífico de fondo. Durante años te escuché hablar sobre la isla de Inhaca, la frontera con Zimbabwe, las calzadas portuguesas de Beira, capital de la provincia de Sofala, la playa de Macuti y el hotel Tivoli; simplemente la mezcla de léxicos hacía que mi imaginación no tuviera límite.

Tenías seis años cuando llegaste de Portugal, la anchura del horizonte marcó hondamente tu manera de percibir el mundo..., yo no había nacido.



Lo que supe de África fue en el mejor de los términos una ensoñación, nada sabía salvo el tropel de imágenes que me iba acechando, era una distancia que rocé de modo tangencial a través de la *saudade* que me regaló el Kilimanjaro con sus campos de hielo y su altura que *vence el vuelo de los pájaros, montaña blanca, montaña brillante*, el fraseo requería una claridad simbólica y el aroma de su sol era un asedio en mi titubeo...

El cerco se ha vuelto un dolor mayor por la creciente certeza de que no habré de pisar sus laderas. No hay videncia ni profecía ni atajo hacia el arte del desciframiento de su secreto, pero conservo una postal que retrata su grandeza y mi pulso sigue el compás de su respiración que deletrea despacio las sílabas de su arcano.



En el estuario de Espíritu Santo desembocan los ríos, me explicas pausadamente, pero es ante la visión de la bahía de Maputo cuando tu voz se llena de luz. Lo que se arremolina habrá de quemar con el latigazo de una llamarada, porque por donde anduviste despuntó la revolución, y no hay guerra que no reconfigure la cartografía tribal, ni crispe la sensatez de quien quiere la risa alegre y el pan en la mesa.

Se hiere y se lava, se hiere y se desconoce, se hiere y no se perdona.



Las aristas de la colonia permanecen en el diseño de la ciudad, en sus calzadas, en su mercado central, conocido como Bazar da Baixa, o el de artesanía con sus batik atrapando la intensidad de

los colores o las telas conocidas como capulanas..., los lugares evidencian la quietud del abandono: la estación central del tren, la catedral, la casa de fierro o el jardín Tunduru, barrio da Coop, barrio Mafalala, Costa da Sol y Restaurante do Griego, su forzado olvido y no-olvido, pues no se olvida un modo de estar que definió la historia por tantas décadas, un modo sobre el que aún se sostienen las piernas con las que se marcha hacia el futuro.

Las emociones crispadas se hacen evidentes en las constantes contradicciones que afloran tratando de ocultar el vacío dejado por lo alguna vez presente; roto el eslabón de la cadena, la pretensión de lo inédito es la trampa que se tiende al incauto.

Rara invención, pienso, cuando lo que queda es lo de siempre, los niños jugando con la arena, los flamingos en la baja marea vagando por los esteros y las bolsas multicolores colgadas de las ramas de los árboles bailando al ritmo del aire.

Rara invención, pienso, cuando la bruma desdibuja el oleaje.



El lenguaje toca su rebase, la tajadura que lo silencia, donde su insuficiencia nos lleva a caminar callados en medio de una lluvia que evapora al tocar el suelo; el malecón es una excusa para explorar una historia interior que se niega a ser una astilla. Caminamos. Te escucho, lo evocado poco empata con lo que nos rodea, la reconstrucción minuciosa no revierte el hecho de haber dejado atrás el nacer de un país que germinaba entre la confusión y el aturdimiento..., otros te darían su testimonio de los días que sobrevinieron después de tu huida. Tú escucharías con el aliento entrecortado el fracaso de la razón cuando se embriaga.



Es una herida vieja, y sus bordes no logran cerrarse, su presencia afirma que se tuvo la libertad que sólo la inocencia es capaz de vivir, tus viajes en el tren hasta Rodesia con los amigos o en moto por las trochas de tierra apisonada o el barco en el que ibas a la isla... Se lee y se escribe la tierra, se inventan coordenadas, se inauguran cartografías simbólicas, y hasta en las ruinas se descubre la perfección del tiempo. La anchura se te metió en el corazón, y lo hiciste un puño para que nada escapara, lo hiciste una muralla para soportar la quebradura de la pérdida, lo hiciste morada porque nunca se abandona lo querido aun de saber que donde se perteneció es un delirio que asalta con su dulzura.

Es una herida vieja y andamos por su huerta buscando signos de advenimiento que no habrán de cumplirse; pero se adentra en nosotros su vaivén y nos muestra lo más puro en su resplandor.

Los árboles con sus flores y el aroma de la tierra penetran los sentidos, se aquieta lo de alrededor al punto de que sólo resueñan nuestras pisadas por las calles.

Es una vieja herida con la que se nace y se anda hacia la muerte.



Rajadura, así el atardecer con su filo de luz calando en el mar, y la algarabía de pájaros regresando a las copas de los árboles y el canto de las cigarras en el lomo del ramaje.

El olor a marisma lo traía consigo la brisa, pero iba mezclándose con el de las frutas, los guisos picantes de las casas y tantos otros más hasta inaugurar un territorio olfativo desconocido.

Cierto temblor había en mí o un desasosiego que no atinaba a precisar de dónde provendría; ahora sé que surgía de ese doblez que se iba transformando paulatinamente en una añoranza

punzante que aprendí se guarda muy dentro para hacer tolerable el itinerario con el que nos domestica la realidad.

Escribo y mis palabras no dan alcance a la singularidad de la belleza con la que tropezábamos, los recuerdos aturden el tiempo presente.



Te escucho hablar portugués con los amigos, pero hay raíces tribales de las lenguas bantúes que se entremezclan en las charlas: *macua, cisena, tsonga, sindau, ronga, elomwe, chichewa, chope, bitonga, sena, ñungwe, ekoti, suaili, maconde...*, y luego el sonido del chasquido hecho con la lengua para expresar emociones que rebasan lo ordinario, como los signos de tradiciones que se perpetúan en gestos inexplicables, o como la tristeza que suscita una historia truncada que ya no habrá de ser más. Se te ha echado en falta y se tiene por verdadero que distintas hubieran sido las cosas de haber quedado entre ellos, y tú quedas callado porque sabes que es imposible cambiar el curso de los hechos tanto como atrapar un relámpago antes de su cielo.



Gorongosa y las cicatrices tejen una urdimbre en nervadura cuando pronuncias en fraseo sus sílabas. No atrevo la pregunta porque te amurallas en el silencio que esconde y que muestra un tatuaje que la forzosidad hizo en tu ánimo con inigualable crueldad. ¿Cómo sobreviviste el extremo de la desolación? No creo que se pueda dar cuenta del imperio instaurado por el horror.



Irse. Quedarse. El viaje presupone el pretil de una encrucijada que define lo venidero, el hábito que va hilando lo cotidiano, lo cotidiano donde se da el reconocerse como parte de los demás, lo que se cree duradero y que posee una fragilidad insospechada frente a la tempestad de lo iracundo.

Un instante se lleva consigo lo atesorado y luego quedan las cosas en testimonio de haber sido otros que ya no seremos. Queda el sonido inaudible de un caramillo que se vuelve a escuchar bajo el silencio de la noche.

Irse, dar lugar al olvido, soltar la cuerda lazada del desatino, hacerse a la anchura de lo por venir, y dejar que lo que se es, ande desprendido del peso de lo irremediable. Hacer de la risa oficio, y dejar en la mesilla de la entrada las llaves de la casa, que los que queden entren en ella y hagan suyo su espacio; irse porque lo aprendido es señal de que siempre se anda de paso.



¿Cuál es la materia adonde se quisiera ser enterrado?, ¿en qué piedra se inscribirá nuestro nombre y un breve epitafio?, ¿o se estará doblegado al polvo como los que dieron lugar a nuestra breve estancia?

Cavilar carece de trascendencia cuando las cosas, sin lugar a duda, habrán de permanecer, y porque los que puedan mencionarnos estarán atados a la misma circunstancia, es decir, a la muerte. Lo cierto es el anhelo de que el cuerpo sea devuelto a su origen con algún rezo, con alguna libación o súplica, para que el alma, sin gran pena, acuda adonde se le llame.



Desde el cielo, la tierra y su orografía extienden su inusitado sacramento, en el privilegio de la altura, la desocultación de sus velos son el símbolo de lo poco que alcanzamos a entender en nuestro breve paso por su tapiz. Quizá la actitud más acertada sea la perplejidad ante la *varia invención* de los hilos que tejen sus figuras.

Habría de aceptarse la pequeñez, la impermanencia a la cual se amarran nuestros cariños, la imposibilidad de dilatar el regreso por entretener la mente en otras visiones, o acaso no, y se retorne con urgencia a esos lugares buscando una significación que se ha disipado a fuerza de recuerdo.

¿Quién se es?, y yo, no sé responder.



De vuelta a casa, las fotografías reconstruyen un viaje cuya existencia se confirma, no en ellas, sino en la emoción que alarga la sombra que proyecta el cuerpo, los sentidos no abandonan la emocionalidad que va metiéndose entre los recovecos; posiblemente sea la ternura que apacigua, o la sensación de que algo diverso es parte de nuestro pulso. No saber, no saber, salvo que el monzón se agolpa en la garganta.



Tenía que contarte de la postal de Santa Sofía, de la caligrafía de mi padre, de la emoción de recibir a mis tres años un mensaje suyo por correo, una postal que he vuelto a extraviar entre los libros. Tal vez perderla haya sido una forma de proseguir un viaje o de cumplir la promesa de volver adonde sea.

VII

Se es de donde se anda, pienso, al sentir el golpe del calor en el desierto de arena roja y dorada de Wadi Rum; me sorprende la magnificencia de sus montañas escritas por el viento y alguna vez acariciadas por el mar. La luz, la belleza de su esplendor y el silencio indescriptible acompañan la primera caminata que prolonga aquellas presentidas desde la infancia; poco a poco se borran las pisadas, y a la par, los nombres que somos. Desapergarse de la memoria, de las cosas, de la pertenencia.

La serenidad de su paisaje sobrecoge al pensamiento; sus riscos son un espejo donde se contempla la caligrafía del aire con su estela y su lumbre; su silbido llama desde una lejanía imperceptible y aunque los ojos no saben leer sus secretos, la fascinación responde a un inevitable deslumbramiento donde es permisible suponer alguna vez el mar, ¿dónde sus aguas ante el florecimiento de la desecación?

Sus formas ondulantes, sus piedras talladas por la inclemencia de los elementos, la secrecía de los petroglifos, la arenisca aparentemente inofensiva contrastando con el palmeral van deteniendo sus formas en la punta de los dedos, su baile suave y lento dibuja un mapa inédito de alguna vez otras presencias, ahora, sólo lo quieto abrigando el paisaje.

El Camino del Rey, tan antiguo como las historias que cuentan los beduinos, se extiende como un cielo que sueña ser acariciado por las nubes; yo miro los camellos adormecidos por el sol del mediodía y seco el sudor de mi rostro con un pañuelo que huele a tierra húmeda; escucho al badawi hablar sobre los

castillos del desierto cerca de Amman, cuyos nombres al ser pronunciados simulan el canto de los estorninos.

Su esquema estilizado se debe a los romanos, pero su referente es dado por los árabes. Tariq al Sultán conecta la capital con Petra pasando por Wadi al Mujib, su desfiladero corre desde las montañas de Karak al Mar Muerto, es el Gran Cañón de Jordania, barrera natural entre los reinos bíblicos de los amoritas y los moabitas. En su lecho corren diversos ríos estacionales y el sonido de sus cascadas se amplifica entre sus paredes, de ello que se diga que todos los senderos húmedos comienzan y terminan en su vientre. Pero no habré de escuchar sus aguas correr, la ciudad roja esculpida en sus rocas es la cita acordada desde mi nacimiento.



Miro aparecer la primera estrella. La ostentación de su luminosidad me sobrecoge, su aparición y su respirar silencioso anuncian el rastro de lo indefinible.

Y cuando le pido al badawi que me describa lo que lleva en su corazón, calla un largo rato sopesando sus palabras que habrán de ser traducidas por el guía al inglés: montículos de arenisca blanca imantan con su secrecía la calzada que lleva hacia la entrada formada por muros que, durante siglos, fueron labrados por el agua revelando los colores trenzados en sus capas, ahí el ocre, el lila, el rosa, el azul incomprensible..., es inútil resistir la seducción de su prodigio.

Somos de todas partes, pienso, cuando camino la calzada Bab as-Siq, bajo la cifra de la fascinación y con el sol a plomo. Lo que miro rompe los límites de la comprensión y al poner la palma de mi mano sobre las rocas a la entrada del Siq siento el rumor de voces, el ajetreo de una ciudad escondida por el velo del espejismo, caballos y alforjas, caravanas de seda y especias, lenguas

diversas, sonidos que andan sueltos en la bruma que levanta el calor, y se anda a través del útero de la tierra y se es alumbrado para ver de frente la fachada monumental de El Tesoro.

Balbuceo. Los tiempos confluyen y su lenguaje apenas audible es la concordancia que alumbra la existencia de algo cercano al origen.

Las palabras que soy no dan testimonio de lo vivido; las fotografías son un mero apunte que registra el deslumbramiento y el azoro. Lo nimio asalta con su presencia: un pedazo de cerámica, una ventana esculpida en la pared, una hendidura que sirve de solaz para una mujer y sus niños, una fuente seca que emula el sonido del agua, el glifo de una flor en una saliente rocosa... La luz de tan luz revela los pasajes cotidianos, la risa queda, el canturreo de una ciudad dispuesta a despertar de su abandono. Camino por la calzada conocida como la Vía Columnada, ante el teatro semi-circular tallado en la roca, las lágrimas asaltan mi rostro, la historia me mira impasible a través de sus ruinas.



Una mujer acerca su mano para acariciarme; el gesto de enorme dulzura trae consigo el arrastre de todo lo que consuela con su silencio, ambas sonreímos para alejarnos despacio en sentidos opuestos por la calzada. Perdura la sensación de su caricia; giro el cuerpo para volver a encontrarla, pero sólo la calzada extendiéndose en una progresión reiterada y la tarde con su geografía desdibujada sobre las columnas y las fachadas esculpidas.



Nombrar para distinguir..., un camello acompaña su cadencia mecido por los colores de su montura que se diluyen poco a poco mientras prosigo caminando por donde nabateos y romanos

también lo hicieron hace un parpadeo, el tiempo es una somnolencia que despierta otros sentidos que nos habitan, quizá en ello se cifre la belleza de esta ciudad que pasea su majestuosidad derruida. Todo esto pienso mientras sorbo un té endulzado con anís y miel, y mi guía da grandes caladas a un cigarro de tabaco negro, sus ojos no atienden este mundo, habla en un inglés incomprensible, pero sonreímos sabiendo de antemano que este encuentro no habrá de repetirse, que poco habremos de recordar el uno del otro, que el momento habrá de diluirse como los colores de las monturas de los camellos cuando abandonan el camino. Desasimiento.

Entender y no entender la bruma y el polvo, la tierra rojiza, la necrópolis y la acrópolis entrelazadas, así los muertos hablándonos, en la disparidad de su semejanza, en las piedras volviéndose cielo o en el paisaje que reitera su belleza impar. ¿Habrá de ser el olvido un preludio, un desprenderse secreto, un ramito de hojas de olivo que se ofrenda al lado de la llama votiva?



A cierta distancia de la mesilla improvisada el guía apura su té y fuma lentamente. Los niños juegan con una pelota de trapo, su risa contagiosa es un derroche de alegría, manifiesta la inocencia de quien no teme porque lo aciago no ha estimado todavía su precio. Afervora la calma, todo aguarda a que una palabra escondida sea dicha para que regrese el mundo a este sitio; pero fugitiva y proscrita se encarna en la vastedad de su silencio.



Grafía que se difumina como un *wash* / mientras su retícula se graba en el imaginario / que hila la trama delicada de lo habitual /

En los huecos que deja aquello / que al ser nombrado /
pierde su condición fugitiva, se distingue una flor.



La sombra es un huésped entre el levante de los riscos de Petra, bebe la tarde en el cáliz de sus formas, epifanía que recoge en la fineza del polvo la caza furtiva de lo imposible: esa certeza de lo brotado en la sensación de su mano en mi mejilla; ese subir interminable hacia el Alto Lugar del Sacrificio en la cima del Jabal al-Madhbah o Montaña del Altar.



Al caer de la noche las imágenes asaltan mis sentidos, y el contraste de lo visto en esta ciudad reinventada y fluctuante queda resguardado en el contrapunto de un collar abandonado entre las piedras y la excelsitud de El Tesoro al salir del desfiladero de Bab as-Siq.

La arena ha encontrado asilo en mis bolsillos y la yema de mis dedos acaricia su suavidad semejante al río encanillado de la seda. La permanencia de su inmensidad resulta escandalosa para la razón, pero reconforta otros sentires, como el simple saberse parte de su asombrosa presencia.

La fogata crepita y escucho sonidos antiguos, murmullo de una distancia que no alcanzo a comprender, pero que seduce al igual que las llamas del fuego que danzan alrededor de las estrellas para ejercer sobre nosotros la fascinación de lo indócil.



El desierto es una heredad donde a veces escucho lo primordial; lo ausente es un testimonio que signa su poderío en sus templos

derruidos, en sus columnas y arcos erosionados, en los petroglifos, en las formaciones rocosas esculpidas por el cierzo y en la indolencia exuberante de su calima. Aquí se presiente el secreto más secreto de la unión del cielo y la tierra. Su vastedad confirma la escala insignificante de la condición humana: una espiga trozada revoloteando cerca de la llama que habrá de calcinarla.



La memoria es un sendero de niebla cuando la realidad es un exceso, una grieta surcando las cañadas, abriendo precipicios, haciendo estallar con su tormenta telúrica el gozo de la vida, luego sólo el polvo rojo, el reflejo de la luz en el agua que tratas de atrapar en el revoloteo de una mariposa que no existe, y los ojos de la mujer enmarcados por las líneas negras del *kohl* son una ventana a través de la cual se asoma el mundo de antes; el tintineo de sus pulseras y la suavidad de su gesto, y esta luz que empuja hacia la ensoñación y el delirio.



La ciudad abandonada por sus dioses ha encontrado refugio en el silbido del viento.



No podemos dormir, la noche es demasiado hermosa para cerrar los ojos, el olor de la arena es un aroma desconocido que impregna la piel y la ropa. El silencio tiene modulaciones que los sentidos no saben reconocer, aunque sea un recuerdo germinando desde una intimidad pocas veces alcanzada. La noche y el desierto, una matría que acuna con su nana.

VIII

Soñé contigo, charlábamos largamente, de cuando entonces, de cuando el desatino no había torcido las horas que habríamos de atesorar como lo muy querido. Nunca se sabe qué habrá de ser lo más preciado, ni cuándo el último encuentro. Hay complicidades que entretejen la personalidad, forjan el carácter. Hay cercanías insospechadas.

Soñé contigo y poco consuelo hubo porque tenía la certeza de estar en ese lugar a donde voy cuando duermo. Aún eras muy joven y había cierto nerviosismo en tus gestos, que revelaban una historia trunca que tratábamos de retomar como si el deseo fuese suficiente para confirmar que hay vidas que se habitan en paralelo.

Escribo porque ha sido largo el peregrinar y se me cansan los ojos, por decir lo menos, y no encuentro la llave que abra la puerta y los papeles se apilan..., lo confieso, hace mucho que ensueño la espera, la esperanza.

He ido de aquí para allá en busca de una pisada leve, un revuelo en la hojarasca que denuncie tu presencia, pero hay una mudez sorda y aquellos que te conocieron han quedado atrás. Cuando se es joven la muerte es algo que le llega a los enfermos, o a los desdichados que sufren un accidente como cuando el coche se despeña o la bala equivoca su albur.

No hay explicación, no hay argumento para lo injusto, sólo la fragilidad y el frío. Sé que te enterraron al pie de un árbol que crece hacia el mar. Años después, a través de tu madre, te hice llegar unas flores secas para que te hicieran compañía, flores que

me diste antes de partir. Moriste en un país que está en guerra. Quizá corriste con suerte, no lo sé, nada sé sobre el desatarse del cuerpo, salvo el dolor que lacera con persistencia.

La vida no ha sido ni por mucho lo que imaginamos, aunque a veces ha sido mejor.



He crecido como mi abuelo entre dos siglos y el futuro se acorta; los modos aprendidos han extraviado su brillo, y lo que fue de importancia ahora es una serie de habilidades apreciadas con suspicacia. ¿Te conté que mi familia huyó de una guerra y que algunos pelearon en el frente de batalla? Fallecer era cosa seria y ocurría con frecuencia, pero la brusquedad de la pérdida se contenía a fin de no aflojar el ánimo y cumplir la deuda contraída con los muertos.



¿Te reconocería a través de los años?, la convivencia prohíbe la omisión, la cercanía diluye las tangentes, los límites..., hay una mimetización, una afinidad que otorga la gratuidad del estar, una confesión de lo probable. La muerte resuelve de distinta manera lo quebradizo, los ojos cargan dentro de sí lo trunco y prolongan con ello la conversación fracturada.

La soledad se torna procesión y la locuacidad da cabida a un cántico de múltiples coros cuyo parloteo se acomoda de súbito. Cada quien acepta el precipicio que la desgracia le ha regalado..., hasta que se encuentra con una fotografía o con un perro amarillo que voltea la cabeza al cruzarse mientras olfatea el aire; sin más, el dedo en el obturador lanza la mirada hacia el vacío.



La duda repta, te ve con sus ojillos astutos dispuesta a causar un crimen por asfixia. El *si hubiera* recurre a sus artimañas y descabla con la pedrada del equívoco, la fatalidad engendra la culpa y la desolación, esa alianza con el abandono que disloca y desquicia, pero que mantiene el vínculo a través de los años.

Ventolera de pájaros. Nada interrumpe el trayecto del dardo que rehúye al ciervo, nada prohíbe la mancia en los labios predestinados.

El ciervo es colocado en la pira de la inmolación.



Significar la diferencia y la semejanza, lo que crepita en la lumbré, *algún pan que en la puerta del horno se nos quema* o la lámpara de aceite en la penumbra que se enciende para consolar con su percusión porque alguna vez lo extraordinario derramó sus dones.

El aura del hallazgo esplende. El copista ha hecho bien su tarea y el trasluz celebra su fortuna en el cuerpo que retiene la suavidad de su albor, la cicatriz es saloma que en su rezo honra lo sentido.



Letanía, así comenzaba la cadencia de la Semana Santa en San José de Cuautla, con el olor a la quema de caña y al de incienso en la pequeña iglesia adornada con azucenas y lirios blancos. El río Apantle y las calles polvorientas.

El color de la infancia es el piso rojo del porche, las cortinas de manta a rayas lilas de la recámara, el olor a jazmín y las tres jacarandas en la parte trasera de la casa que delimitaban la extensión del terreno.

De vez en cuando salíamos a las aguas termales, a pie de la carretera se vendía el jitomate bola, se tomaba el desvío hacia Tetela que poco a poco era coronada por la inmensidad del volcán que dicen llamaba en sueños; su *ruaj* tan temido sitiaba, cobijaba, destruía, hería con el ensueño de los ángeles y condenaba a los incautos con su resplandor.

El calor atontaba hasta aletargar el zumbido de las abejas, y los alacranes salían de las piedras en las noches.

El calor..., y la abuela sentada en el porche con su misal en las manos.

El calor..., y al igual que los animales, andábamos tras el resguardo del fresco.

Éramos niños, y ellos traían los arañazos de la guerra. No se mencionaba lo desgajado ni la humareda porque ésa fue la promesa hecha a quienes habían quedado atrás, pero la nostalgia atenazaba, invadía la tristeza por el que no había logrado dejar el pueblo o por los que simplemente habían desaparecido.

La exuberancia de la vegetación y la tranquilidad del lugar curaban los nervios, o eso se creía.

Y se desvariaba hasta la incordia.

Cuando se es niño cualquier expresión otorga una intención de realidad. Tan real era el guayabo, el silbido del hermano pequeño de una vecina que vendía hojaldres en canasta de mimbre como el número tatuado en el brazo del amigo del padre que venía de París.

Por las tarde jugaban dominó y bebían whisky con soda, bromeaban por debajo y fumaban tabaco negro, a veces tarareaban una canción. El dolor se había resecaado en su rostro.

Afuera el jardín, idílico, y las campanadas llamando a misa de seis; qué retirado el mundo, y el mundo se derramaba en las fichas de dominó extendidas sobre la mesa de juego.

Aquello que era desde siempre.



Tomabas mi mano entre las tuyas y me contabas que venías de muy lejos, que había un gran océano donde cabían ballenas y barcos magníficos, el tuyo se llamaba *Sinaia*; que habías desembarcado en Veracruz y que llegaste en tren a la ciudad de México. Tenías miedo porque te arrancaron de tu pueblo pequeño de la sierra, por no decir que era una aldea, que conociste a mi padre en la escuela y que jugaban a la pelota, que vivías en el centro, que no estaba mal, y que no era casa pero podías viajar, luego me contabas de Chiapas, de Palenque, del sonido de la selva, de las ruinas, de la lluvia, del cañón del Sumidero.

La charla iba de un lado al otro, hasta que, adormilada en tu regazo, te preguntaba si en las rutas de mi mano habías podido leer el futuro, si iríamos juntos a tu aldea. No sé cuándo fue la última vez que te vi, ni qué pasó con el radio de pilas que me regalaste de cumpleaños, pero conservo tus palabras cuando te pregunté qué era el infierno y, bajando la vista, musitaste “la ausencia de Dios”.

“Con los años el desierto crece”, me decías cabizbajo, y yo no sabía que citabas a un filósofo. No sabía qué responder, y luego terminabas afirmando, “pero en su margen la razón atreve a deslumbrarse”.



Hoja en mano me delectabas el párrafo: “El escalofrío que recorre el cuerpo ante las extensiones de arrozales es inaplazable frente al vaticinio del desastre. Las lluvias llegarían adelantadas y el nivel del mar subiría lo suficiente como para salar la tierra. Los cálculos y los años de penuria no habrían de saldar bien las cuentas con los prestamistas”.

Terror. La penuria y el hambre eran algo que mi familia estaba resuelta a erradicar a golpe de trabajo, estudio y buen seso,

pero yo languidecía en las tardes de calor; me iba a dar la vuelta con los pájaros y los perros me seguían por las calles resacas, se me iban las horas yendo al río para ver los renacuajos y las raíces al aire de los amates, recogía piedritas para luego jugar a la matatena, y me quedaba ensimismada.

Éramos tantos niños que pocas veces se me echaba en falta, salvo cuando había que leer en voz alta, cuestión que me exacerbaba los nervios, pero que era la cura para el dominio de la dislexia, que me era tan natural como la delgadez del cuerpo.

Recuerdo el disgusto que producían mis observaciones distraídas, y el forcejeo para que enmendara la plana, tarea inútil porque el lenguaje es un fruto caído, fórmula demostrada por Newton con la ley de gravedad, sólo que en casa lo que caían no eran manzanas sino zapotes.

La abuela cerraba los ojos, nunca supe si dormitaba o si escuchaba cómo deslizaba en el texto mis invenciones, sonreía de modo pícaro, las más quedaba callada, tocaba con suavidad el collar de perlas y los labios los pintaba de rojo intenso, era profundamente religiosa, así que colgó en cada cuarto un retrato del Cristo llamado “El Cachorro”, de facciones en rictus, que provocó las peores pesadillas de mi niñez.

Me inquietaban sus estancias europeas, en Roma frecuentaba una pensión pequeña de hermanas mendicantes, charlaba poco de esa etapa, que le sobrevino por la viudez, no era lo propio, y si hubo amantes borró con pudor su existencia.

Le gustaban las historias de amor y cocinar, solía coser, decía que las puntadas pequeñas, finas, precisas eran como la escritura y que hasta el hilvanar era una rúbrica, pero no ponía mucha atención en mí. A veces miraba mis rodillas raspadas por la corteza de los árboles y ante su reprobación se nos agrandaba la distancia.

Jamás le di una de las piedrecillas recogidas en el limo blando del río; aunque años después me dejara fumar en su casa y bebiésemos whisky.

Y fumé y bebí con ella hasta altas horas de la noche después de que moriste. A los pocos meses ella decidió morir también. Nunca hablé sobre su muerte.

Aun pasados más de treinta años viene a mí su perfume cuando voy a casa de mi madre. Y al presentírla sé que el morir lleva consigo un trozo del nacimiento.



Sueño con tu voz.

Apura y enciende la tea que la balsa se aleja por el desfiladero y alumbra los esbozos en las lajas de alabastro. Admira el estruendo encadenado por siglos en el mohín de la leona y el dije de concha que tiene en realce el laberinto.

Pon atención en el hilo que despliega el trazo, acerca el cáliz a los labios pues lo justo apremia porque la inteligencia ha sido herida con un dardo.

Pon atención...

Y mis piernas se balanceaban sobre la silla y mis dedos apretaban con fuerza la pluma, un suplicio..., entonces tachonaba la esquina y con desparpajo afirmaba, “es la leona que ha rugido porque le ha sentado mal comerse la estrella. Le arde el estómago, no podemos seguir la lección”.

Leer y escribir fueron el camino empedrado, que de tanto andarlo, me llevó a recoger un guijarro a la salida del colegio. Con su filo dibujé en el suelo un árbol y un pájaro, una casa y una puerta, un símbolo, una metáfora, un destello en la polvareda; un margen y, en su blanco, tu nombre verdadero.



Escribir. Derribar. Titubear. Descender. Escribir.



Susurro. Se está atento a un susurro, y se retoma la trama, el raudal de imágenes y se aguarda..., la pluma resbala en un caligrama, ristra alterna, un morador se oculta tras sus riscos, una isla de vidrio, una cifra alquímica en los vitrales de las catedrales europeas.

La piedra blanca o el saber hermético que se transmite del padre al hijo: el dominio de la arena mediante el fuego. El sigilo del oficio queda confinado al maestro vidriero que para ejercerlo habrá de registrar su apellido en el *Libro de oro*.

Las dinastías sobrevivirán las crecidas del mar, y su arte preservado en los talleres creará en el siglo xx la obra de cristal de Picasso, Fontana y Chagall.

Escucho a madre contar el viaje que hizo con su padre, de los collares que aún con sus noventa años conserva porque el cuerpo envejece, pero el esmalte de las cuentas perdura, los sostiene en sus manos y vuelve a tener la juventud de a quien Venecia le arrebató una promesa mayor a la de volver.



Escribir y desviar la atención; alejarse y recordar lo que habrá de ser una presencia y una intimidad.

La mirada trae hacia sí el botín de la Cuarta Cruzada mientras el mar sisea la derrota de Bizancio. Los caballos de la *Cuadriga triunfal* piafan en la fachada de la Basílica de San Marcos.

En un momento más habrás de sentarte en el Caffè Florian, pedirás un *espresso* y prenderás un purillo. El verano decae y el

aire comienza a refrescar. Escuchas el zureo de las palomas. Venecia perturba, se atisba constantemente el rumor de *la muchacha indecible*, la aparición de la ninfa concebida por Ghirlandaio en su *Nacimiento de San Juan Bautista*; algo en su aire, en el temperamento de su luz que hizo a Turner pintar acuarelas que capturaron lo sublime, *Venecia a la salida del sol...*, la libreta de “Como y Venecia”, lo altísimo y la finura celada, “lo de atrás”, lo que origina el mal de la melancolía, la variación de las tonalidades en su bautizarse y el impulso irrefrenable de horizonte.

En *Cuaderno rescatado*, fragmento 26, se lee:

He navegado con la triste góndola por la tarde. El silencio de los canales gondolero no bajaba la vista y apenas movía su cabeza para saludar. El remo golpeaba el agua espesa. Un furioso relámpago cayó tras la cúpula de Santa María de la Salud. Sentí que algo terrible ocurriría. En mi alma ya se había desatado la tormenta que más tarde azotaría a la Serenísima.

Hay un refinamiento desbordado en quien vislumbra lo que devela la bruma, una luminiscencia escondida que audazmente se traduce en una tempestad disolviéndose en su transparencia. El mar rebautiza Venecia y emerge de su oleaje ostentando el misterio con inefable nitidez.

Turner deriva por su enramada nocturna.



Desvivirse, hay un manantial y un agua cuajada en las baldosas, es difícil andar sobre su hielo. El *espresso*, el cigarrillo, el poemario..., es la hora marcada por el zureo de las palomas —ya lo he escrito-des.crito, no quiero tacharlo.

Hay otros cafés, el Quadri, el Lavena, pero sólo se sueña con el Florian y el paseo hacia la biblioteca Marciana, el Palacio Ducal, Il Campanile, el león de San Marcos. Venecia sueña con los óleos de Monet, con la Basílica de Santa Maria della Sallute, porque en sus pinceladas la manifestación onírica de la ciudad envuelve y corrompe; delatan la metamorfosis de la luz sobre las fachadas y el resol del agua en el canal; la niebla se oculta en un vaho que contrasta con el tono naranja del crepúsculo, el aura casi halo...

La somnolencia que emerge del cuadro cobra lentamente dominio sobre el observador, ¿cómo abandonarlo?, ¿cómo cerrar los ojos a su contemplación?

No hay deslinde, su celaje es un presagio.



La soledad que se es, el soliloquio que no se extingue en hoguera alguna, desencadena el letargo, un dislate, una cesura que confía en el aparecer de una palabra, ese cordón del sayal que se lía en los dedos para lazar lo inapresable.

Una tregua. Un paseante se demora por Venecia, la piensa una ciudad capaz de seguir ejerciendo el mismo embeleso que sintió Giordano Bruno, y por eso se demora y espera...

Venecia declara lo que habita su paisaje; y ante la llamada del ángelus, cuando la intuición de lo previo exonera, desnuda lo hondo de su belleza.



Las notas en mi cuadernillo son arenisca. Hay una tristeza que repta por sus líneas dando cabida a lo incierto. Los ecos de lo visto en Venecia serán un oleaje persistente en mi memoria. Su intensidad terminará por borrar el confín de la vigilia, me

bastará con entrar en un estado de duermevela, en una especie de desapego, para hallar la vuelta hacia el mercado de Rialto para deambular por sus puestos seculares y regresar por el puente a San Marcos.

A veces me asalta el sonido de las pisadas sobre los bloques de piedra de la Plaza; la sensación de los ojos descubriendo el azul despejado. A veces imagino encontrarme con Brodsky en pleno invierno mientras escribía *Marca de agua*.

Sueño con Venecia, con sus ciento veinte islas, sus ciento sesenta canales y sus cuatrocientos cincuenta y cinco puentes; con su laguna y el mar Adriático, sus vaporetos y sus góndolas.

Sueño con la mano de mi madre a la entrada de la plaza, con Tiziano, Tintoretto y Tiepolo; sueño con su gesto y la emoción de regalarme la visión de la Basílica de San Marcos, sus caballos, sus mosaicos en oro y el legendario Bizancio que aún canturrea en mi oído.

Soñar como posesión de lo real. El guijarro rueda sobre las sábanas y la adolescencia es vencida por la alborada.



Escribir para alumbrarse. Nacerse al mundo. Una mesa, una noche, una lámpara y la ventana que encuadra la vista como si se fuera a sacar una fotografía largamente meditada. Escribir sobre la extrañeza que ocasiona vivir.

Sueño que estoy en el Caffè Florian, las palomas apenas comienzan a bajar a la plaza abriendo con su vuelo la madrugada. Las nubes se deshacen bajo el azul del alba. Te envió una postal porque quisiera que te fuera presente mi quererte. Sólo una línea: “No he visto perros amarillos en Venecia”. Sé que al recibirla habrás de sonreír.

La oración alude a las horas conversadas en torno a *El perro semihundido*, de Goya, fuera por sus tonos en ocre y el plano

inclinado, por sus trazos imprecisos, y por lo oculto: la roca y los pájaros que la sobrevuelan revelados por un negativo fotográfico de Laurent y desaparecidos en el paso del muro al lienzo.

Subyuga por lo mucho que no dice y lo tanto que muestra, un retrato de la condición primordial, antes de la separación, *muy antes*.

Nunca coincidimos en el museo, pero en la última charla que tuvimos hablamos de la aparente simplicidad del tema; la condición descarnada con la que confronta al espectador a través de los ojos angustiados del perro que mira hacia arriba, en cómo las formas se disolvían en la pureza de una oscuridad velada.

Lo demás lo comentamos hasta el cansancio, era el perro, su cabeza, sus ojos, los planos, lo inacabado que evocaba a *Los esclavos* de Miguel Ángel que nunca vimos en los jardines del Boboli sino en la Academia.

Hace tanto tiempo ya de eso, tanto, una vida que no habrá de volver a nosotros. ¿Qué permanece?, ¿*dónde queda lo vivido?* No lo sé. Lo que redime es la marcha, el amor que confía, la esperanza de encontrarse aun de lo improbable, el tiempo memorioso de la escritura, donde nos somos una prolongada presencia.

ÍNDICE

	I	
<i>Escribir para no dudar de la existencia...</i>		13
	II	
<i>Los ojos relumbrados por el azoro...</i>		21
	III	
<i>La lluvia entorpece el andar solitario...</i>		35
	IV	
<i>Benarés, bajamos las escaleras del Dashashwamedh Ghat...</i>		43
	V	
<i>Cierra los ojos y escucha la fuente de azulejos mudéjares...</i>		51
	VI	
<i>Teníamos que habar de Santa Sofía...</i>		65
	VII	
<i>Se es de donde se anda...</i>		79
	VIII	
<i>Soñé contigo...</i>		87



Cuaderno bermejo, de Mariana Bernárdez, se terminó de editar en julio de 2023, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué. Diagramación y formación: Eligio Ortiz Santana. Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía y José C. Núñez Fernández. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

“Escribir, una desgarradura y una fidelidad; una pertenencia y una extranjería, condición bifronte de quien arranca la esperanza en el deshojar de un cuaderno bermejo”. En esta bitácora contemplativa, Mariana Bernárdez concentra una experiencia embriagadora de la realidad; una relación esencial con las palabras y con el cuerpo, y una ofrenda a la belleza de los paisajes que recorre: Benarés, Madikwe, Jaipur, Santa Sofía, Mozambique.

El contacto de la tinta con el papel desnuda al yo. A través de fragmentos, notas, postales y recuerdos, se puede ser fiel a la vida interior, con toda su complejidad y maravilla, “los ojos relumbrados por el azoro mientras la mano desliza la línea de un tejer fino”. En este *Cuaderno bermejo*, la escritura entra en el orden de lo imprescindible.